LUIS GABALDÓN Y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

El dúo de Manón

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

ANDRÉ BIRABEAU

VERSIÓN CASTELLANA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1926

EL DUO DE MANÓN

LUIS GABALDÓN Y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

El dúo de Manón

COMEDIA EN TRES ACTOS, DE

ANDRE BIRABEAU

VERSIÓN CASTELLANA

Estrenada, con gran éxito, en el Teatro Eslava, de Madrid, el día 15 de Noviembre de 1926.



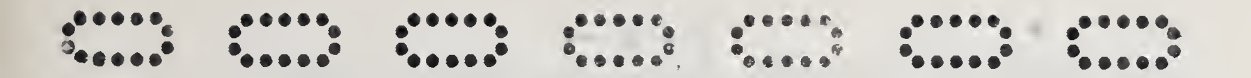
MADRID
GRÁFICA RENACIMIENTO
O'Donnell, 24.— Tetuán de las Victorias.—Teléf. [illegible] J.
1926

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANÓN	Pepita Meliá
EVELINA	Carmen Palencia
LA SEÑORA BAÑOL	Rafaela Rodriguez
GINETTE	Esperanza Medina
PEDRO	Benito Cibrián
FLORIO	Fernando Venegas
VERNISET	Delfín Prieto
EL GERENTE	Joaquín Regalez
UN CAMARERO	Leopoldo O'Rocafull
OTRO CAMARERO	Emilio Gonzalez
UN SEÑOR	Pedro Montesinos

La escena en París. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

La Compañía argentina Matilde Rivera-Enrique de Rosas estrenó esta comedia el 5 de Abril de 1926 en el Teatro Goya, de Barcelona, desempeñando los dos citados grandes artistas los papeles de MANÓN y PEDRO.



ACTO PRIMERO

Un rincón del comedor de un Palace. Al fondo gran vitral por el que se vé un parque y tras él se divisa el mar. Tres mesitas dispuestas para servir la comida. A la izquierda una puerta. Por la derecha se supone que continúa el comedor.

ESCENA PRIMERA

EL GERENTE Y UN CAMARERO. LUEGO MANÓN

GERENTE Bien, muy bien. Primero enciende las lámparas del techo. (*Se encienden las lamparas.*) Apague. Así. Perfectamente. Ahora encienda las lamparitas de las mesas. (*Estas no se encienden.*) ¿Cómo es eso? (*Se encienden las lamparitas de las mesas.*)

CAMARERO Ya ha sucedido esto tres o cuatro veces. Yo creo que es defecto de la instalación.

GERENTE Dé usted luz a todo el comedor. (*Todo se enciende.*) Admirable. No puede funcionar mejor.

CAMARERO Nunca hubiera creído que se podía inaugurar hoy el salón cuando esta misma mañana estaba por entarimar todavía.

GERENTE Pues ya lo ves. Esta misma noche ya se podrá comer aquí.

CAMARERO La pintura todavía no se ha secado.

GERENTE ¡Bah! En todas las inauguraciones sucede lo mismo. Siempre falta algún detalle.

CAMARERO ¡Cuántos fracs se van a manchar!

GERENTE Procure usted no acercarse a las puertas.

CAMARERO No, si me refiero a los de los que vengan a comer.

GERENTE ¡Oh esos a mí no me importan. Los vuestros sí, porque corre de mi cuenta el mandarlos al quita-manchas. (*Mirando a su alrededor.*) Me parece que todo está dispuesto ¿no?

CAMARERO Todo, sí señor. *Va a abrir una de las hojas del sitial del fondo.*)

GERENTE No, Fernando, no abra usted las ventanas.

CAMARERO Es para que entre un poco de aire ¿No nota usted que hace aquí mucho calor?

GERENTE Como que está encendida toda la calefacción.

CAMARERO ¿En el mes de Junio?

GERENTE Es preciso para que se sequen las paredes. Abra usted cuando la sala esté llena de gente.

CAMARERO Ya empiezan a venir.

MANÓN (*Al gerente.*) ¿Se puede ya comer?

GERENTE Dentro de un momento, señora.

MANÓN Esperaré. ¿Es ésta mi mesa?

GERENTE Si le gusta a la señora...

MANÓN Me gusta más esperar aquí que en el hall. Hay allí demasiada gente. Se han vestido demasiado pronto. Y sobre todo hay un señor imbécil que no deja de molestarme con sus miradas impertinentes.

GERENTE Si la señora prefiere subir a su cuarto, noso-

tros le avisaremos en cuanto la comida esté dispuesta.

MANÓN ¡Oh, no! A mi cuarto de ninguna manera. Huele demasiado a pintura.

GERENTE Cómo quiera la señora. (*Al camarero.*) El frac por Dios no me lo manche usted.

MANÓN Ya está aquí ese imbécil. Y que no cesa en su persecución ¡Ah! pues eso no.

ESCENA II

MANÓN, VERNISET Y EL CAMARERO

VERNISET (*Después de una pausa y con mucha calma.*) Oígame. camarero.

MANÓN (*Vivamente.*) No vale la pena de llamar al camarero con tanto sigilo. Dele usted un luís porque yo no quiero impedir a nadie que se gane su vida. Yo misma voy a proporcionarle a usted todos los informes que desea sobre mí persona. Así iremos más deprisa y serán más completos. Yo me llamo Manón Wateau y soy una mujer de lujo. He llegado a este hotel entre cuatro y cinco de la tarde. Tengo veintidós años y he nacido en Versalles. Poseo un hotelito en París, en el barrio de la Estrella, una ville en Douville y una casa de campo en Cannes. El número de mi automóvil es el 6515 m 3. ¿Tiene usted bastante con esto? ¿No? Pues no tengo ní amigo, ní novio. Calzo el treinta y cinco y la medida de mis guantes es la del seis y medio. Un detalle particular. Tengo muy mal carácter y no me gusta que se timen conmigo cuando estoy de mal hu-

mor. *Post scriptun.* He venido aquí para divertirme y usted me molesta profundamente. Me parece que está usted servido. ¿No? Perdone. Se me olvidaba lo principal. Ocupo en este hotel el cuarto número cuatro y tengo tres perros chinos que muerden. Esto es todo. ¿Le dije a usted que un luis? Pues bien todas estas noticias valen dos, déselos enseguida a este camarero, salúdeme usted gentílmente y desaparezca en el acto.

VERNISET Nada de eso, señora

MANÓN ¿No quiere usted darle dos luises al camarero?

VERNISET No señora.

MANÓN Entonces debe ser usted un roñoso. *(Al camarero.)* Póngaselos usted en la cuenta.

CAMARERO Está bién, señora.

VERNISET Le repito a usted que no estoy dispuesto a dárselos. La he escuchado a Vd. con mucho interés, pero... ¿me permite que vuelva a llamar al camarero como antes de su declaración? Yo sólo tenía el propósito de decirle que me escogiera una mesa que estuviese reservada de las corrientes de aire.

MANÓN ¿De veras?

VERNISET Se lo juro. Yo no alimentaba el menor deseo culpable cerca de usted.

MANÓN Entonces, ¿por qué no me quita usted ojo desde hace media hora?

VERNISET Yo no la he mirado a usted ni una vez siquiera.

MANÓN ¿Que nó? Y con mucha insistencia. Estoy segura de lo que digo.

VERNISET Y yo le repito que no la había visto; usted

puede haberlo creído así, pero lo cierto es que no la miraba a usted, señora.

MANÓN ¿Como que nó?

VERNISET Oígame y lo comprenderá. Yo soy bizco y por este defecto cuando parece que estoy mirando directamente hacia un sitio, se puede estar seguro de que estoy mirando a otra parte. Por ejemplo, yo apostaría a que en este instante usted cree que la estoy mirando.

MANÓN Claro que sí.

VERNISET Pues no la miro a usted, estoy fijándome en el camarero.

MANÓN *(Acercándose a Verniset.)* Toma, pues es verdad.

VERNISET Comprenderá usted que no lo digo para enorgullecerme de ello.

MANÓN Mil perdones. Esto es lo que se llama hacer una plancha, dispénseme, pero es que yo sigo siempre mi primer impulso; dé usted por no dichas mis palabras. *(Pausa.)* La verdad es que desde lejos no se le nota.

VERNISET ¿El qué?

MANÓN Ese defecto que usted tiene, ¿con que ojo está usted mirando ahora?

VERNISET Con el derecho.

MANÓN Una no puede adivinarlo, debía usted prevenir a la gente.

VERNISET No me agrada mucho tener que ponerme un cartelito.

MANÓN ¡Tanto como un cartelito!... Pero ya vé usted a lo que da lugar. Acabo de hacer el ridículo y si usted cree que ésto es una cosa agrada-

ble... Adiós caballero, y cuidadito con el ojo. (*Hace mutis malhumorada*).

VERNISET No me había fijado, pero realmente es una mujer encantadora.

CAMARERO ¿Y hay que hacer lo qué ha indicado la señora?

VERNISET ¿El que?

CAMARERO Ponerle los dos luises en la cuenta.

VERNISET ¿Habla usted en broma?

CAMARERO Que lástima, su idea era tan delicada.

VERNISET ¿A que mesa me puedo yo sentar?

CAMARERO Siéntese aquí, pero si al señor le agrada mas esta otra... (*Se acerca a la puerta de la izquierda. Entra Pedro*).

PEDRO Camarero, ¿podré hablar con el gerente?

VERNISET ¡Amigo Haguet!

PEDRO ¡Querido Verniset! (*Al camarero*) Váyase, ya hablaré con el gerente. (*Vase el camarero*).

ESCENA III

PEDRO Y VERNISET

PEDRO ¿Con que usted aquí?

VERNISET He venido a ver lo que es este nuevo Palace.

PEDRO Siempre tan curioso.

VERNISET Me entusiasman las inauguraciones, amigo mío. Es mi manía. Soy de los primeros en conocer todas las novedades.

PEDRO Poder decir, yo estuve allí.

VERNISET Eso es. Asistir a los estrenos, al barnizado de las Exposiciones...

PEDRO A la apertura de la caza...

VERNISET Estar en la colocación de una primera piedra.

PEDRO Y como desde hace tres semanas los periódi-

cos venían anunciando para hoy 2 de junio, la inauguración del Royal Billarín, usted no ha querido faltar.

VERNISET Justamente.

PEDRO Pues ya lo ve usted, es un Palace como los demás, suntuoso y alegre, no está mal ¿verdad?

VERNISET Está muy bien, pero hay una cosa que me preocupa y es la siguiente. (*Advirtiendo si alguien le oye.*) Al apearme del tren, en la estación, me fijé en un individuo que pedía a un empleado ciertos informes sobre este hotel. Ese hombre se apeó de un coche de tercera clase.

PEDRO Hasta ahora no encuentro ningún motivo de preocupación.

VERNISET Sígame oyendo. Ese mismo individuo ocupa en este hotel el cuarto contiguo al mío y yo sé lo que pago por mi habitación; 250 francos por día.

PEDRO Bien, ¿y qué?

VERNISET Que haga usted el favor de relacionar una cosa con otra. Tercera clase en el tren y hospedaje de primera aquí, no hay duda: ese hombre es un ladrón o un policía.

PEDRO O un figurante.

VERNISET Figurante, no. Le he oído hablar hace un momento y no es posible que sea del teatro por que tartamudea de un modo horrible.

PEDRO Yo no he dicho que sea actor.

VERNISET Como decía usted que figurante.

PEDRO Un figurante... del hotel. El va a figurar aquí como un extranjero rico. La mitad de este comedor la verá usted ocupada dentro de un momento por gente de esa clase.

VERNISET ¿Pero qué me dice usted?

PEDRO ¿Acaso lo ignoraba? Es un recurso conocidísimo. Usted que ha presenciado tantas inauguraciones ¿no se ha fijado que cuando se abre un hotel de estos, siempre está lleno?

VERNISET Sí, ciertamente.

PEDRO ¿Y no le ha parecido raro, que de la noche a la mañana lleguen al mismo tiempo tantas personas como para llenar un hotel?

VERNISET Yo creía... La publicidad... Los curiosos...

PEDRO ¿Como usted? Los hay naturalmente, pero entre todos no pasan de treinta personas ¿Y qué impresión le había producido no encontrar aquí mas que treinta huéspedes? Se hubiera usted marchado enseguida y diría a sus amigos: «No está mal el hotel, pero no hay nadie.»

VERNISET Sí señor, muy acertado.

PEDRO En cambio si lo ve usted completamente lleno...

VERNISET De modo que hay personas que...

PEDRO En los hoteles hay cuatro categorías de huéspedes. Los que pagan todo, los que pagan la mitad, los que no pagan nada y a los que se les paga. Ese señor del coche de tercera clase debe estar en la última categoría citada.

VERNISET Es divertídísimo lo que usted me dice.

PEDRO No lo crea usted, no tiene nada de divertido.

VERNISET En el fondo no, ya lo comprendo, porque esa gente a quienes pagan...

PEDRO No vaya usted a suponer que son ladrones. Algunas veces son gente chic. Llevan un frac tan bien cortado como el de usted y algunos mejor. Son gentes bien, cuyas fortunas no están... bien.

VERNISET De todos modos, para ejercer ese oficio.

PEDRO Basta con tener buen gusto, amar la buena sociedad, haber pertenecido a ella y no querer abandonarla de un modo definitivo, así, de golpe. Es la esponjada vanidad de verse saludado por el portero gorra en mano... Es la delicia de hundir los pies en la blandura de suaves tapices... Es...

VERNISET Es... Pereza de trabajar sobre todo.

PEDRO *(Riendo)* Es posible que a esa gente no le guste el trabajo manual, por que sus manos antes estuvieran atendidas por la manicura y comprenderá usted...

VERNISET Sí, que encuentren de perlas este oficio.

PEDRO Alojados, bien comidos y con una gratificación al marcharse.

VERNISET De modo ¿que al marcharse esa gente se encuentra con todos los gastos pagados? Debe causarles una impresión muy agradable.

PEDRO Crea usted que les agradaría mucho más el poder pagar ellos sus gastos. Esos infelices están destinados a rodar por la pendiente, a caer mas abajo todavía, en cuanto su «frac» se deteriora. Ellos son luego bailarines en los «Cabarets» de noche, puntos figurados en las partidas de los casinos, después «crupiers» y por último un buen día alguno se levanta la tapa de los sesos.

VERNISET Oh, hasta ese punto.

PEDRO Sí, si, debe haberlos; acaso alguno que por primera vez va a representar esta farsa y tenga demasiado orgullo. ¡Quien sabe, Verniset, si verá usted esta misma noche a su veci-

no de cuarto, al hombre que viajaba en tercera y que después de haber comido bien y acaso cortejado en el «hall» a una mujer elegante, se vaya tranquilamente a ese lindo parque bañado por la luna y al oir usted un ruido seco, diga, ¡Bah, un neumático que ha estallado! y no, no será eso, será uno de esos figurantes que habrá desaparecido para siempre de entre bastidores.

VERNISET Haguet, mi viejo amigo. ¡Es usted un romántico!

PEDRO Verniset, mi viejo amigo. ¡Y usted es millonario! Su padre ganó una gran fortuna fabricando tinta, mientas otros la sudan.

VERNISET Está usted de broma.

PEDRO Usted es muy rico y no se dá cuenta de lo que pasa en la vida. Créame que esos figurantes no merecen más que una gran piedad. Y me atreveré a asegurárselo porque desde que le dije que existían está usted mirando a todos lados con agrio gesto y torcidamente. No hay que mirarles así.

VERNISET No me pida imposibles (*Señalando sus ojos.*)

PEDRO Perdóneme, no aludía a lo que usted supone (*Entra el gerente.*) Con permiso de usted voy a decirle dos palabras al gerente.

VERNISET Como guste. Y siento que me haya usted dicho lo que me ha dicho porque me ha quitado usted el apetito. Hasta luego (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA IV

PEDRO Y EL GERENTE

PEDRO — Perdone que le haya molestado, pero debo hacerle una pregunta. Dígame de un modo terminante a qué tengo yo derecho y a qué no tengo yo derecho. Por ejemplo, puedo repetir del plato que me guste.

GERENTE — Usted no querrá repetir nunca.

PEDRO — Y si quisiera por tener hambre.

GERENTE — Usted no puede tener hambre.

PEDRO — Y esa primera y única vez ¿se sirve uno mismo?

GERENTE — Sí señor.

PEDRO — Entonces está bién ¿y café se puede tomar?

GERENTE — No.

PEDRO — ¡Que lástima! ¡Tanto como me gusta!

GERENTE — Puede tomar manzanilla si le place.

PEDRO — Muchas gracias, para una vez que voy a comer bien no quiero ensuciarme el estómago. Claro que licores, de ninguna manera ¿no?

GERENTE — Claro que no.

PEDRO — ¿Y cigarros?

GERENTE — Se los ofrecerá el criado, pero usted no debe aceptarlos de ninguna manera.

PEDRO — Entonces ¿para que los ofrecen?

GERENTE — Para dar envidia a los otros y estimular a los reacios.

PEDRO — Muy bien, le ruego me dispense por todas estas preguntas, pero como debuto hoy... No, no son brillantes.

GERENTE — ¿Qué?

PEDRO — Mis gemelos, usted ha mirado sucesívamente

mis zapatos, mis puños, mi camisa y mi botonadura. Por eso le digo a usted que no son brillantes. Si lo fueran los habría empeñado y no estaría aquí. Supongo que habrá quedado usted satisfecho de mí. Mi camisa está limpia y el charol de mis zapatos es impecable.

GERENTE Veo que se ha percatado usted de que le examinaba.

PEDRO Cuando se está donde yo estoy se fija uno en todo aquello que puede serle desagradable. Y dígame: ¿por cuánto tiempo tengo qne permanecer aquí?

GERENTE No lo sé. Eso depende...

PEDRO En cuanto lleguen los que pagan.

GERENTE Naturalmente.

PEDRO Otra cosa. Si yo pongo mis zapatos en la puerta ¿el criado me los limpiará?

GERENTE Sí señor.

PEDRO Me alegro porque esa es una cosa que yo no sé hacer. Esta limpieza va en interés de la casa, porque si no fuera así, yo llevaría los zapatos sucios.

GERENTE ¿No tiene usted que preguntarme nada más?

PEDRO No. Es decir, sí. He de hacerle una advertencia. No me mire usted tanto con esa sonrisa desdeñosa, porque si lo vuelve usted a hacer tendré que darle un bofetón.

GERENTE Calme usted sus nervios.

PEDRO Usted no tiene derecho a pedirme imposibles. *(Entra el camarero)*.

ESCENA V

DICHOS, EL CAMARERO Y LUEGO VERNISET

GERENTE (*Al camarero.*) Ya lo sabe Fernando. Usted sirve estas cinco mesas; Alberto las cinco siguientes y de las mesas de la izquierda no tiene usted que ocuparse para nada. Pronto, qne empieza a entrar gente.

PEDRO (*Señalando a una mesa.*) ¿Puedo sentarme ya?

GERENTE (*Con mucha deferencia, presentándole una silla.*) Si el señor quiere tomarse la molestia... (*Pedro se sienta.*) ¿El menú, señor?

PEDRO (*Tomándolo.*) Gracias. (*Pasa un camarero con servicio.*)

GERENTE (*Al camarero.*) ¿Quiénes son esos cuatro de aquella mesa?

CAMARERO Huespedes del Carltón, que han venido a comer aquí.

GERENTE (*Frotándose las manos.*) Magnífico, magnífico.

VERNISET (*Entrando y de pie junto a Pedro que está sentado.*) Mírele usted.

PEDRO ¿A quién?

VERNISET Al hombre del coche de tercera. (*Señalando a alguien que está entre bastidores.*)

PEDRO ¿Aquel moreno bajito? Parece muy simpático-

VERNISET ¿Usted cree?

PEDRO En serio. Le encuentro un aire muy agradable. ¿No se lo decía a usted? Fíjese con qué elegancia lleva el *smoking*.

VERNISET Sí, pero se vé a la legua que es eso que usted dice, un... figurante.

PEDRO ¡Ah, usted!...

VERNISET Yo no lo había notado nunca, porque nunca me había fijado en ellos, pero en cuanto se les ve de cerca pues se les reconoce enseguida. A no ser un imbécil el que mire.

PEDRO Tiene usted razón. (*Sale Manón y se sienta en una mesa de la derecha.*)

VERNISET (*Que ha ido a sentarse a una mesa y volviéndose hacia Pedro.*) Vea con qué avidez traga.

PEDRO Es posible que no se haya desayunado.

VERNISET ¡Oh!... (*Entran señoras y caballeros que ocupan todas las mesas.*)

PEDRO Suele suceder.

CAMARERO (*Al gerente.*) Todas las mesas están tomadas y hay cinco personas que no encuentran dónde colocarse.

GEERNTE ¡Cinco personas! Esto es un triunfo. Antes de una semana tendremos seguramente ratas de hotel. (*Busca con los ojos una mesa y se detiene en la de Pedro.*) Aquí hay sitio. (*A Pedro muy cortésmente.*) ¿El señor me permite que ponga otro cubierto en su mesa. Tenemos mucha gente y no sabemos dónde colocarla.

PEDRO Con mucho gusto. (*Entra Evelina, hermosa mujer, muy elegante.*)

GERENTE Estamos abrumados, señora. Sólo podemos ofrecerle un rinconcito en una mesa. Nuestra inauguración es un éxito ¿verdad? La señora ha debido avisarnos con quince días de anticipación.

EVELINA (*Con fuerte acento norteamericano.*) Hace quince días ignoraba yo si podría venir aquí. (*Se sienta a la mesa de Pedro.*)

ESCENA VI

EVELINA, PEDRO Y EL CAMARERO

EVELINA (*Se sienta. Hay una larga pausa y empieza la comida.*)

PEDRO ¿Busca usted alguna cosa, señora?

EVELINA Sí, señor, la sal.

PEDRO La sal la tiene usted... aquí. Perdón. (*Dándole el salero.*) Señora, la molestaría a usted mucho que le dirigiera la palabra?

EVELINA Eso...

PEDRO Lo digo, porque tener frente a mí, en mi mesa a una mujer que no me habla, me da la idea de que estoy casado y esta es una impresión muy desagradable.

EVELINA ¡Oh...!

PEDRO Perdone si esto le ha parecido impertinente. ¿Acaso usted es casada?

EVELINA ¡Tres veces!

PEDRO Eso ya es otra cosa. En Francia se casa la gente con menos frecuencia y por eso se aburre uno más. ¿Puedo seguir hablando?

EVELINA ¿Es usted charlatán?

PEDRO No crea. También me gusta estar callado, pero me fastidia que me obliguen a ello. (*El camarero les sirve.*) Además cuando se come frente a frente, y no se habla, la cortesía exige que tampoco se mire y al contrario, cuando se habla, la cortesía exige el mirarse y usted señora no tendrá el mal corazón de rehusarme este placer.

EVELINA A mí me gusta poco la conversación.

PEDRO Pues es una cosa muy...

EVELINA Y no me gusta porque los franceses empiezan enseguida a decir galanterías.

PEDRO Es un orgullo para nosotros, y a las señoras les agrada, seamos francos.

EVELINA No.

PEDRO ¿Por qué?

EVELINA Hable usted en singular.

PEDRO Ya. ¡Que hable de mi nada más! Pues bien yo soy franco, yo, Pedro Haguet, cuando me pidieron permiso para que otra persona se sentara a mi mesa, me puse furioso.

EVELINA ¡Oh...!

PEDRO Pensé que me iba a sentar mal la comida y esta comida la estimaba yo en mucho, en mucho más de lo que puede usted imaginarse y me hubiera gustado saborearla a placer.

EVELINA ¿Y por qué le iba a hacer daño?

PEDRO Porque no se come bien frente a una persona desconocida y silenciosa ¿usted ha comido alguna vez en el vagón restorán de los expresos.

EVELINA Sí.

PEDRO Entonces usted me comprenderá perfectamente. Esos cuatro obligados comensales, oyéndose unos a otros como mastican, como rumian algunos.

EVELINA Sí, que es desagradable.

PEDRO Solo, yo hubiera comido muy bien; sin apresuramiento, con tranquilidad, paladeando el vino, mojando pan en la salsa. Además, uno tiene sus pequeñas manías. Y yo tengo una que es muy poco elegante.

EVELINA ¿De veras?

PEDRO Yo hago bolitas con la miga del pan.

EVELINA — Es divertido.

PEDRO — No lo sé, pero las hago. Cuando estoy solo, desde luego. Antes de que usted se sentara, ya me estaba entreteniendo en eso.

EVELINA — ¡A ver! ¿Dónde están esas bolitas?

PEDRO — Detrás de la botella. Las había escondido, mírelas.

EVELINA — Le salen a usted muy redonditas. Puede usted seguir su faena delante de mí.

PEDRO — No.

EVELINA — ¿Quiere usted que me vaya a otra mesa?

PEDRO — No, señora, porque hay algo mejor que comer solos y es comer dos. (*A un movimiento de sorpresa de ella.*) Continúo siendo franco. Es una comida doblemente deliciosa lo que voy a hacer gracias a su presencia. Esta última noche voy a ser mucho más feliz de lo que yo esperaba.

EVELINA — ¿Se va usted del hotel?

PEDRO — No. ¿Por qué?

EVELINA — Como ha dicho usted mi última noche...

PEDRO — Ah, sí, sí, Voy a marcharme del hotel esta noche o acaso de madrugada.

EVELINA — ¿Y va usted lejos?

PEDRO — Muy lejos.

EVELINA — ¡Para sus asuntos?

PEDRO — No.

EVELINA — ¿Para distraerse?

PEDRO — Sí... para distraerme. Eso es.

EVELINA — (*Al camarero que le presenta un plato.*) No, gracias. A mí también me gusta mucho viajar. Voy todos los años tres o cuatro veces a América. ¿Estará usted en Biarritz a fin de mes?

Es una época en la que no se puede faltar. ¿Porqué se ríe usted?

PEDRO — Porque estoy contento. Es una hora felíz la que estoy pasando y que por cierto no esperaba. Decididamente, hay algo más agradable que paladear un sorbo de buen vino y es llenar la copa de mi compañera de mesa? *(Llenando la copa de Evelina.)*

EVELINA — No la llene, se lo ruego.

PEDRO — (*Al camarero que ha retirado un plato sin acabar de terminarlo.*) Espere, ¡ah...! (*mutis del camarero.*) Imagínese usted a una persona que no hubiera comido esta mañana y fuese capaz de dejarse quitar el plato, sin protestar, por haberse pasado el tiempo mirándola a usted. Al decir usted no vaya a molestarse, quiero decir las mujeres.

EVELINA — Está bien.

PEDRO — Las mujeres son un espectáculo admirable, no hay nada mas feo que comer y ellas transforman cosa tan prosáica en algo encantador. Cuando ellas beben, siga usted bebiendo, su cuello se hincha suavemente como el de una tórtola.

EVELINA — No me atrevo a seguir bebiendo.

PEDRO — Estoy seguro de que tiene usted sed.

EVELINA — Si señor.

PEDRO — Pues entonces... (*Ella bebe riendo y él la contempla.*)

EVELINA — Me ruboriza usted. (*Pausa.*) Siga hablando.

PEDRO — Las mujeres son muy bonitas y cuando digo las mujeres quiero decir usted.

EVELINA — No siga hablando.

PEDRO ¡Otro poco de vino!

EVELINA Bueno. (*La sirve.*) ¡Oh, ha manchado usted el mantel.

PEDRO Lo siento. ¡Si me ve el gerente!...

EVELINA No es una cosa grave.

PEDRO Si es grave. Eso quiere decir que mi mano ha temblado y el temblor es una confesión. Esta mancha de vino sobre el mantel quiere significar... Mire usted esta primera gota quiere decir: ¡Dios mío, que bonita es usted! Esta otra habla de mi felicidad porque estoy en la dulce compañía de usted, y esta grande dice a gritos que usted me gusta.

EVELINA ¡Oh...!

PEDRO ¿Y usted? ¿Quiere escanciar vino en mi copa?

EVELINA No señor.

PEDRO Tengo sed y como tengo el pulso alterado podría derramar de nuevo el vino. Por piedad ¿quiere usted echarme vino?

EAELINA Si es por piedad, sí. (*Le sirve.*)

PEDRO Es usted encantadora, Y al hablar su acento parece una máscara puesta sobre su voz. Sirve usted el vino sin que tiemble su mano. Esto es ¡Ah, sí! Una gota, dos, tres gotas... También su mano de usted se ha estremecido un poco.

EVELINA Porque me hacía usted reir.

PEDRO ¿Nada mas que por eso?

EVELINA No supondrá usted que le creo. Un caballero que dice cosas parecidas a los cinco minutos de conocerme es que tiene por costumbre ser galante.

PEDRO No es eso, se lo juro. Es que hay algo que me hace hablar esta noche, que me exacta. Usted

es deliciosa y la noche es magnífica, no esperaba tener tanta suerte. ¿Verdad que la noche es magnífica?

EVELINA Sí.

PEDRO Es mucho más bonita todavía admirarla desde el fondo delparque, a la orilla del mar. ¿Qué espera usted aquí?

EVELINA El postre.

PEDRO ¿Usted cree que el postre es lo que nos va a traer el camarero? ¿Pasteles y frutas?

EVELINA Claro.

PEDRO El postre no está aquí, está ahí fuera. Conozco un camino solitario por el que no pasa nadie. ¿Quiere usted que le demos la alegría de que vea a dos personas de las cuales la luna no hará más que una sola sombra?

EVELINA La verdad es que hace aquí mucho calor.

PEDRO Sí, en efecto, hasta el cubo de hielo suda como si fuera un hombre gordo. ¿Vamos? Fuera, la luna traza sobre el mar un camino maravilloso por el que parece que debe venir alguna cosa de milagro. El tiempo invita a decir versos.

EVELINA ¿Usted hace versos?

PEDRO No. Pero los sé muy lindos. Al encanto de esta noche nadie puede sustraerse. ¿Vamos? No digo ni yo, ni usted, digo vámonos simplemente y nosotros iremos ¿verdad?

EVELINA ¡Ah, usted tiene el arte de redondearlo todo, como si fueran sus bolitas de pan!

PEDRO Soy completamente feliz. (*Coge un cigarro de la caja que le presenta un botones.*)

GERENTE (*Acercándose a él y con la voz contenida.*) Eso no. Ya se lo he dicho.

PEDRO (*Temblando.*) ¿Qué es eso? (*Evelina le escucha mirando al Gerente de arriba abajo.*) Está usted loco ¿o qué?

GERENTE (*Brutalmente*). Que se le dé a usted de comer, sí, pero encima darle de fumar, no. Deje ese cigarro. (*Mutis.*)

PEDRO ¡Oh! (*Cae sobre la silla volviendo la cabeza para no ver a Evelina. Pausa. Ella se acerca a él.*)

EVELINA ¿Entonces?

PEDRO Sea usted amable. Váyase y no me diga nada.

EVELINA Eso, no.

PEDRO (*Sin mirarla.*) Supongo que habrá usted comprendido...

EVELINA Sí.

PEDRO Entonces vuelvo a rogarla...

EVELINA No hay que apenarse por eso. No faltaba más. Yo también... ¿No has visto que he rechazado uno de los platos?

PEDRO ¿Qué?

EVELINA Era porque nosotros no tenemos derecho a él.

PEDRO No lo ví, porque solo te miraba a la cara.

EVELINA Ya. Me has tomado por alguna millonaria americana.

PEDRO Sí.

EVELINA (*Señalando sus joyas y su abrigo.*) Todo esto se prestado o alquilado.

PEDRO Está bien. ¡Alquilado también tu acento norte-americano!

EVELINA No, eso no. Soy efectivamente yanki y estoy en la más espantosa ruina. Ninguno de los dos somos lo que parecíamos. ¡Qué importa! Va-

mos a ver ese camino luminoso que hace la luna sobre el agua?

PEDRO No, ya no. Por ese camino ya no hay que esperar el milagro. Vé tu sola, tu sola; déjame.

EVELINA ¡Sola! ¡Siempre sola! (*Mutis.*)

ESCENA VII

MANON Y PEDRO

(*Camarero acercando un plato a Manón.*)

MANON No, gracias.

PEDRO No quiere tampoco. Otra de nuestra clase. (*Pedro se da cuenta de que Manón le mira sonriendo.*) ¿Y de qué se ríe usted? ¿Es que lo ha oído todo y le ha hecho gracia?

MANON Acaso.

PEDRO Pues los dos servimos en la misma bandera, de modo que no sé por qué se ríe.

MANON Es que tengo ganas de reír.

PEDRO Me dejé embriagar por la ilusión. Me olvidé un instante de lo que soy. No creo que esto sea un motivo de risa. Ya lo sabe. (*Con tono sombrío*) (*Pausa.*)

MANON Pensó usted que había dado con un buen negocio?

PEDRO Pensé haber encontrado una deliciosa aventura, nada más.

MANON ¿El chispazo eh?

PEDRO Algo más que eso.

MANON De todos modos usted no quería a esa mujer.

PEDRO Ahora no. Hace un momento sí.

MANON ¿Y por qué ahora no?

PEDRO Poque me avergonzaron en su presencia.

MANON — Ella es bonita.

PEDRO — Ella era algo más que eso hace un cuarto de hora.

MANON — ¿Qué es lo que era?

PEDRO — La última sonrisa.

MANON — ¿Por qué?

PEDRO — La última porque yo... (*Hace el gesto de pegarse un tiro.*)

MANON — ¿Pensaba usted matarse?

PEDRO — Lo había decidido cuando ella empezó a sonreírme. Era acabar mi vida con un bello gesto, sin que nadie lo sospechara, antes de que mis amigos, al verme por la calle, volvieran la cabeza a otro lado por no saludarme. Pero este final ha fracasado.

MANON — ¡Qué locura!

PEDRO — En mi excitación yo me hubiera suicidado pero ahora no tengo valor. ¿Para qué? Solo mortifica la primera humillación recibida, después uno se resigna vergonzosamente, ya lo ves. (*Se sienta enfrente de Manón.*)

MANON — ¿Por qué dice eso?

PEDRO — Porque estoy aquí, a tu lado, hablándote.

MANON — ¡Oh!...

PEDRO — Uno mi miseria a la tuya. Hay que hacerse a todo. ¿De qué te ríes?

MANON — De lo que estás diciendo.

PEDRO — Cuéntame tu vida.

MANON — ¿Para qué?

PEDRO — Tú no habías sido siempre lo que eres ahora.

MANON — No.

PEDRO — Entonces.. (*Ella coge un paquete de cigarrillos egipcios de la bandeja que trae el botones.*) No

cojas los cigarrillos porque te reñirá el gerente.

MANON ¡Bah! (*Abre el paquete.*)

PEDRO Que el gerente no te quita ojo.

MANÓN ¿Tu crees? (*Se pone un cigarrillo en la boca.*)

PEDRO Ya está. Ya tienes aquí al camarero. (*El camarero se aproxima.*)

CAMARERO Si me permite la señora... (*Enciende un fósforo y se lo da.*)

MANON ¿Un cigarrillo caballero?

PEDRO (*Poniéndose de pie.*) Me parece que me he equivocado.

MANON Creo que sí. (*Señalando sus joyas y su vestido.*) Ni prestados, ni alquilados.

PEDRO Tengo esta noche poca suerte para las mujeres. Señora. Yo estoy...

MANÓN Usted está de pié. Siéntese.

PEDRO De ninguna manera.

MANÓN Se lo ruego. Me fatiga mirar a lo alto.

PEDRO Señora, permítame usted que me retire.

MANÓN Le pido a usted que se siente. (*Pedro lo hace.*) Y no ponga esa cara. Usted no tiene buen golpe de vista y nada más. En efecto yo no tengo el aire de una muchachita como usted supone.

PEDRO Sería más caritativo que me dejara usted marchar.

MANÓN No. (*Pausa.*) Pobreza no es vicio.

PEDRO Y sin embargo valdría más ser vicioso que pobre. (*Pausa.*)

MANÓN ¿Cómo se llama usted?

PEDRO No es menester que mi nombre enrojezca, Basta con que el rubor se haya delatado ya en mi cara.

MANÓN ¿No tiene usted oficio, ni profesión.

PEDRO Esta noche sí.

MANÓN Si, pero... ¿Cómo ha llegado usted hasta esta situación?

PEDRO Muy deprisa.

MANON ¿Le gustan a usted las mujeres?

PEDRO No es eso.

MANON ¿No le gustan a usted?

PEDRO Sí. Y ellas me correspondieron. No es eso lo que me arruinó.

MANÓN ¿Pues qué entonces?

PEDRO Una herencia que tuve.

MANÓN ¿Y cómo puede explicarse...?

PEDRO Muy sencillamente. Yo era hijo único y vivía con todo regalo. Cuando murió mi madre heredé de ella una bonita fortuna, pero derroché sin reparar en nada. Finalmente me encontré frente a la adversidad sin recursos, ni medios para defender mi vida. Esto es todo. No herede usted nunca porque es un mal negocio. (*Pausa.*)

MANÓN ¿Es absolutamente cierto lo que usted me dijo antes?

PEDRO ¿El qué? (*Manón hace tímidamente el gesto de pegarse un tiro. Pedro se levanta.*) Si señora, exactamente.

MANÓN Siéntese usted.

PEDRO ¿Tiene usted miedo de que me suicide ahora mismo?

MANÓN No lo hará usted.

PEDRO No pase usted cuidado. Ya he perdido hasta ese valor. Sería un suicidio vulgarísimo.

MANÓN Pero siempre impresionante.

PEDRO — No tiene ninguna importancia. Es una cuestión de palabras. La gente del pueblo ha encontrado una bonita expresión. Dicen que morir es tener un pequeño jardín sobre el cuerpo. Es lindo ¿verdad?

MANÓN — Es... campestre.

PEDRO — Y ellos llaman al cementerio, el boulevar de los dormidos. Yo creo que no le emocionaría a usted mucho si yo fuera a dar una vuelta por ese boulevar. (*Pausa.*) Iré de una manera elegante. Conocí a un señor que murió de un modo que siempre me dió envidia. Le aplastó un automóvil, al volverse para mirar a una mujer bonita. ¡Qué final tan hermoso para un hombre galante!

MANÓN — ¿Usted lo cree así?

PEDRO — Sí señora. Y yo lo hé ensayado ádemás. Pero estas cosas no salen bien más que cuando no se hacen expresamente. Yo miré al auto antes de mirar a la mujer.

MANON — Demostró usted ser cauto.

PEDRO — Debo decir en defensa mía que ese caso me ocurrió anteayer y estaba menos cansado de la la vida que hoy.

MANON — Yo tengo una buena receta para esos casos desesperados. ¿Quiere que se la dé?

PEDRO — ¿Es práctica?

MANÓN — Es el remedio de una mujer que ha pensado en las penas de los demás. ¡Si usted supiera lo que consuelan las penas ajenas..! Algunas veces hasta produce cierta alegría.

PEDRO — Confieso que es verdad.

MANÓN — Si el tuerto pensara en el ciego, y el cojo en

el que no tiene piernas, no habría nunca desgraciados.

PEDRO Sí. Pero el que no tiene piernas ¿en quién puede pensar?

MANÓN Siempre hay alguien mas desgraciado. Piense usted en las tribulaciones de otra persona.

PEDRO ¿De quién?

MANÓN De mi misma. ¡Si yo le contara a usted!..

PEDRO Prometo oirla con mucho gusto porque no deben ser preocupaciones muy graves.

MANÓN Tanto como las suyas. Yo perdí también mi fortuna... Perdí a mi amigo.

PEDRO ¿Acaso tiene un pequeño jardín sobre su cuerpo?

MANÓN No, me dejó por otra.

PEDRO ¿Sin tener siquiera una actitud elegante?

MANÓN ¿Qué entiende usted por eso?

PEDRO Una firma sobre un cheque.

MANÓN Eso sí, desde luego. Pero no es eso todo. Yo tengo más que suficiente para vivir. Poseo tres casas magníficas en París.

PEDRO Entonces...

MANÓN Es que yo gasto mucho. Vivo en una esfera social de elevado rango y yo no puedo permitirme el lujo de vivir sola.

PEDRO Eso depende solo de usted.

MANÓN No señor no, ni mucho menos ¿Usted no ha sido nunca hombre de negocios?

PEDRO De esa clase no.

MANÓN Pues todos son parecidos. No se presta más que a los ricos y no se proponen asuntos más que a las gentes que se ocupan de ellos. Y no se desea codiciosamente más que a las mujeres

que ya tienen dueño. Un anticuario me dijo una vez una cosa que me chocó mucho. Me dijo: «Ustedes las mujeres «chic» para conservar siempre su mismo valor, deben ser como esas piezas de colección que pasan de «amateur.» en «amateur.»

PEDRO ¡Oh!

MANON «Pero si usted desciende y pasa por las manos de un comprador vulgar está perdida. Tenía razón. Si un pescador encuentra un pez sobre la arena de la playa ¿usted cree que lo recogerá con mucha confianza? Pues bien, desde hace ocho días yo estoy sobre la arena. Mientras sabían que un hombre me daba cincuenta mil francos al mes, yo hubiera encontrado, de haberlo querido, uno para cada hora del día Y ahora no hallo ni uno, ni medio, ni ninguno. Ya ve usted si tengo motivos para estar triste (*Pausa.*) Parece que no le ha interesado mi historia.

PEDRO No mucho, la verdad.

MANON Pues no tengo otra más importante que contarle.

PEDRO Gracias de todos modos (*Pausa. Se oye dentro la música, que toca el Sueño de Manón.*)

MANÓN ¿Que escucha usted con tanta atención?

PEDRO La música.

MANÓN Es muy bonito lo que tocan y hace una noche tan hermosa... (*Pausa.*) ¡Ya le será a usted doloroso abandonar todo esto!

PEDRO ¡Ya lo creo!

MANÓN Se ve bien a las claras. Se conoce en la manera de estar ahí sentado, de cruzar las piernas.

Se ve que esta muy a gusto en este mundo para que quiera abandonarlo.

PEDRO Si, pero... (*Pausa.*)

MANÓN ¿Y qué va usted a hacer ahora?

PEDRO Pues no lo sé. (*Pausa.*)

MANÓN ¿Cuánto dinero le queda a usted? La verdad.

PEDRO ¿La verdad? Diez y siete francos.

MANÓN Poco es. (*Pausa.*) Yo puedo ofrecerle una colocación.

PEDRO ¿Buena colocación?

MANÓN No es despreciable.

PEDRO Le advierto a usted que yo no sé hacer nada.

MANON Es que no tendrá usted nada que hacer.

PEDRO También le advierto que yo soy un hombre honrado.

MANON No entra para nada esa cualidad en este asunto.

PEDRO ¡Y dónde está ese empleo?

MANON Cerca de una señora.

PEDRO ¿Y consiste en...?

MANON En entretenerla con todo lujo.

PEDRO ¿Cómo? ¿Qué?

MANON Le propongo una plaza de amante figurado. Es un servicio por el que le quedaré muy agradecido. Para encontrar un amante es precíso que yo tenga otro. Y ese será usted. Usted está aquí esta noche como un figurante.
pues va usted a continuar siéndolo y en paz. Ahora bien que será en mi hotel en lugar de ser en éste.

PEDRO Comprendo muy bien. Usted quiere tenerme a su servicio como un criado.

MANON Se molesta usted.

PEDRO ¿Y qué? Quinientos francos y el vino.

MANON — Yo quiero sencillamente... (*La electricidad se apaga bruscamente.*) ¿Qué es esto? (*Se oye la voz del gerente en la obscuridad.*)

GERENTE — No se alarmen señoras y caballeros, no es nada, un cortocircuito. En un segundo va a ser reparada la avería; que nadie se mueva. Y perdonen señores. Un día de inauguración hay que dispensarlo, es un segundo nada más.

MANON — (*Sigue el obscuro.*) No se aproveche usted de la obscuridad para marcharse. Le tengo cogido de la mano y no le suelto. Al contrario debe usted aprovecharse de esta obscuridad para aceptar mi proposición, Nada de palabras inútiles, ni de orgullos estúpidos. Vamos, de prisa, para que yo no lo vea enrojecer al decirme que sí. Porque esto es lo único que le detiene. Ande, dígalo que esto vale mas un pequeño jardín sobre el cuerpo. Dígalo de prisa que va a volver la luz. ¡Ande!

PEDRO — (*En voz baja.*) Sí... acepto. (*Bajando la cabeza.*)

MANON — ¡Ah! (*Se enciende la luz.*) (*Se oyen risas y aplausos.*) (*A Pedro con maneras de gran dama.*) ¿Quiere usted ofrecerme un cigarrillo querido amigo?

PEDRO — (*Le ofrece un cigarrillo de la cajetilla que tomó Manón; luego dá una palmada y dice al camarero que se acerca.*)
Tome usted. (*Le da el dinero que lleva.*) De propina, dicisiete francos.

TELON



ACTO SEGUNDO

Gabinete-alcoba sin puertas, al estilo italiano. En el centro del foro está el dormitorio, separado del saloncito por unas cortinas, y al descorrerse éstas, se ve una cama grande, lujosamente vestida. Dos puertas lateral izquierda. Un diván en la derecha, adosado a la pared y balcón en este mismo lado.

Al levantarse el telón, las cortinas de la alcoba están corridas. Pedro, de smoking, acostado sobre el diván, reclinada la cabeza en una almohada. A sus pies un edredon, y cubriendo su cuerpo un gabán. La habitación está a obscuras. Pedro se vuelve dos o tres veces, denotando bien a las claras que está allí muy incómodamente. Pedro, incorporandose para encontrar mejor postura y colocar más a gusto el edredón.

PEDRO ¡Qué oficio! (*Vuelve a echarse. Pausa larga.*)

MANON (*Dentro.*) ¿Está usted despierto? (*Pedro no responde.*) ¡Pedro! ¡Pedro! ¿Se ha despertado usted? *(Da luz.)*

PEDRO *(Despertándose con sobresalto.)* Un poco.

MANON Siento apetito.

PEDRO ¿Y qué?

MANON — Pues que tiene usted que llamar a Ginette.

PEDRO — ¡Ah, sí! Perdón. *(Se levanta, caen al suelo los almohadones y se ve que está de smoking.)*

MANON — ¿Quiere usted hacer el favor de descorrer la cortina? *(Pedro la descorre. Manón aparece en la cama. La lámpara de la mesilla está encendida y la del techo, sobre la cama, también.)*

PÉDRO — ¿Abro las maderas del balcón?

MANON — No. Eso es preciso que lo haga la doncella. *(Pausa. Pedro permanece quieto de espaldas a Manón.)* Vamos, hombre, ¿qué hace ahí parado? ¿No le he dicho que tengo apetito?

PEDRO — Ya voy. *(Entra en el tocador, segunda izquierda, y mientras, ella se mira al espejo, se pone polvos, se dá carmín en los labios, arregla su peinado, etc... A poco entra él en pijama.)* Ya estoy.

MANON — Descorra el pestillo. *(Pedro lo descorre y luego va hacia el diván.)* ¿Pero qué hace usted?

PEDRO — Mi cama. Me parece que tengo derecho a arreglar mi cama. *(Coge el edredón y lo pone sobre la cama. Después dobla cuidadosamente su gabán y lo pone sobre una silla. Muelle los cojines, los pone sobre el diván y se queda inmóvil.)*

MANON — Bueno, cuando usted quiera. Llevo diez minutos esperando. Venga usted aquí.

PEDRO — ¿No cree usted que el hecho de estar en pijama en su misma alcoba es más que suficiente para convencer a los criados...?

MANON — No basta, no señor. En fin, voy a llamar. *(Llama al timbre.)* Y a todo esto ni siquiera nos hemos saludado. Buenos días.

PEDRO ¿Cómo está usted?

MANON Muy bien, gracias. ¿Ha dormido bien?

PDERO Muy bien.

NANON Me pareció que se había desvelado usted varias veces. Le he oído golpear furiosamente a los almohadones.

PEDRO Como que he oído dar casi todas las horas del reloj. (*Llaman a la puerta.*)

MANON Adelante.

GINETTE (*Entra llevando el desayuno en una bandeja.*) Buenos días, señoritos.

MANON Felices, Ginette.

PEDRO Descorra usted las cortinas. (*Ginette descorre las cortinas del balcón. Entra la luz del día y se ve que Ginette es terriblemente fea.*)

MANON Ponga usted la bandeja sobre la cama. Fifito, ¿quieres que te ponga yo la manteca? (*Pedro no responde.*) Fifito, Fifito, que te estoy hablando.

PEDRO ¡Ah!, sí, perdona. (*Mutis la criada.*)

MANON Esté usted un poco más atento,hombre.

PEDRO Discúlpeme, pero no me acordaba que ese Fifito era yo.

MANON Se olvida usted de todo. Le he dicho a usted una porción de veces que me llame Bomboncito, delante de la gente y no me lo llama usted nunca.

PEDRO Sí, es verdad; pero es que como a mí los bombones no me gustan.

MANON Pues le buscaremos otro nombre si no le place éste.

PEDRO No, no, Está bien. Me acordaré. (*Coge una jícara de la bandeja.*)

Manon ¿Pero dónde va usted a tomar el chocolate?

Pedro En esta silla.

Manon Qué incomodidad. Lo hubiera usted tomado mejor a mi lado.

Pedro No, no. Prefiero...

Manon Está usted comiendo los picatostes a pares, como si tuviera usted miedo de que se le fuese el tren. Lo que tomo más a gusto es el desayuno y usted me quita el apetito.

Pedro Lo que me quita a mí el apetito es la doncella. Cuidado que es horrible.

Manon No es una belleza, ciertamente, pero le estoy muy reconocida.

Pedro ¿Qué pruebas le ha dado para su gratitud?

Manon Pues... (*Pausa.*)

Pedro Lo ve usted, ninguna. Usted tiene confianza en ella porque es fea. Esto es una cosa estúpida, pero siempre pasa lo mismo; todo el mundo se figura que en una mujer fea se puede tener más seguridad que en una que es bonita.

Manon ¿A usted no le gusta, verdad?

Pedro Físicamente me parece abominable y espiritualmente tampoco es un dechado. Entre otros vicios tiene los de beber y fumar, juega en las carreras y además ¡gana! Es monstruoso. (*Acaba de tomar el desayuno y se levanta.*) Ya me desayuné. ¿Puedo disponer de mi persona?

Manon ¿Cómo?

Pedro Que si puedo marcharme. Claro que después de recibir sus órdenes para hoy.

Manon ¿Qué hora es?

Pedro Las once.

MANON Pues hoy comeremos en casa.

PEDRO ¡Ah! ¿Yo como hoy aquí?

MANON Sí. Luego iremos a las carreras.

PEDRO ¿Otra vez hoy a las carreras?

MANON Es el sitio dónde la ve a una más gente. Luego, a las cinco, iremos al té del Ritz.

PEDRO ¿Y usted cree que no nos verá allí la misma gente que en las carreras?

MANON Es claro.

REDRO Entonces no creo que valga la pena...

MANON Yo creo todo lo contrario. Nuestras relaciones necesitan la mayor pubilcidad y para eso deben vernos juntos en todas partes. A las ocho iremos a cenar a casa de Gaby y después pasaremos la noche en un music-hall cualquiera.

PEDRO ¿Nada más?

MANON Nada más.

PEDRO Le aseguro a usted que se hace ilusiones sobre eso de los amantes formales. Nunca son tan asíduos. Cuando se dice de un hombre y de una mujer que viven juntos, es porque siempre se les ve separados.

MANON Sí, pero como en nosotros no es verdad, hace falta que lo exageremos.

PEDRO Pero nosotros podríamos llegar al mismo resultado sin dar grandes comidas como la de ayer, ni asistir juntos a los tés de París todas las tardes. Nosotros podríamos, por ejemplo, quedarnos aquí, coger el teléfono y hablar los dos, a un mismo tiempo, a todos los amigos y conocidos. Le digo a usted esto porque si vamos esta noche al teatro con Gaby y Chantal, como fué éste el que pagó la última vez que

estuvimos juntos, será preciso que esta noche lo haga yo.

MANON No se preocupe usted de eso.

PEDRO ¿Por qué no? Estos son gastos...

MANON Se pagará lo que sea. (*Pausa.*) Ahora me recuerda usted que tengo que encargarle otro traje de americana.

PEDRO ¿Cómo dice?

MANON Siempre lleva usted el mismo.

PEDRO ¡Claro! No tengo otro.

MANON Está ya deslucido.

PEDRO ¡Ah! ¿Se ha fijado usted?

MANON Sí. Y no quiero que otra persona que no sea yo, lo note. Hace tiempo que ha debido usted pasarse por casa del sastre.

PEDRO Ya he pensado hacerlo pero estaba esperando una cosa mny importante.

MANON ¿El qué?

PEDRO Poderle pagar.

MANON Eso es cuenta mía.

PEDRO (*Avergonzado.*) ¡Oh, señora...!

MANON Nada de rubores. Usted está en mi casa. Si usted estuviera de ordenanza en un Banco le darían el uniforme y lo encontraríais muy natural. ¿No es eso? Pues esto es lo mismo.

PEDRO Sí, sí. Pero este traje de que usted me habla no da la impresión de ser un empleado. Y por eso me sonroja.

MANON ¿Quiere volverse de espalda que voy a levantarme. (*Pedro va hacia el balcón mientras ella se levanta.*)

PEDRO ¿Puedo pedirla a usted un favor?

MANON Diga.

PEDRO — Le suplico que no me siente nunca en la mesa al lado de su amiga Hortensia.

MANON — ¿Por qué?

PEDRO — Porque tiene un pié muy enamorado y no deja de pisarme en toda la noche.

MANON — ¡Ah! ¿Siente simpatía por usted?

PEDRO — Es muy pesada. Me ha destrozado los zapatos. ¡Y con lo que cuesta el calzado! Yo no puedo gustar a nadie hasta ese punto.

MANON — Ya puede usted volverse. Estoy encantada. Ella me quiere quitar el novio y eso vale tanto como decir que le supone a usted rico. ¿Porqué hace ese gesto? Cree que ella le querría por su linda persona?

PEDRO — No. Pero es humillante que le quieran a uno por su dinero cuando no lo tiene. Voy a vestirme.

BAÑOL — (*Llama en la puerta.*) ¿Se puede?

MANON — Adelante. (*Entra la señora de Bañol.*) !Hola mamaíta!

BAÑOL — Vengo a darte los buenos días, hijíta. (*Besos muy caríñosos.*)

MANON — Buenos dias, mamá. Mira entretente charlando con Fifito, mientras doy unas órdenes a los criados. (*A Pedro.*) ¿No te molesto, amor mío?

PEDRO — No.

MANON — Eo, que... ¿Cómo me llamo yo?

PEDRO — (*Maquinalmente.*) No, Bomboncito.

MANON — Eso es, toma. (*Le tira un beso y hace mutis.*)

ESCENA III

SEÑORA DE BAÑOL, PEDRO Y LUEGO GINETTE

BAÑOL Le adora a usted.

PEDRO Eso se ve a la legua.

BAÑOL Anoche mismo me lo estaba diciendo. Mira, mamá: Adoro a ese hombre porque es «chic», porque es un hombre de mundo, porque no hay dos como él para gastar el dinero, con elegancia, a lo gran señor.

PEDRO ¿Le decía á usted eso?

BAÑOL Sí.

PEDRO Es curioso.

BAÑOL Parece que no me cree usted.

PEDRO Ciegamente.

BAÑOL No, no. Estoy viendo que no. Todos son lo mismo. Se parece usted a todos los hombres que tienen una gran fortuna.

PEDRO No creo que me parezca.

BAÑOL Usted se figura que es por su dinero por lo que le quieren, pero en este caso no, amigo mío. Usted es muy inteligente y debe darse cuenta de ello.

PEDRO Eso es lo que se le dice siempre a todo el que se le quiere disimular algo desagradable.

BAÑOL Y aunque así fuera ¿qué quiere decir ser amado por sí mismo?

PEDRO ¿Usted no ha querido nunca a un hombre por su sola persona?

BAÑOL Nunca, caballero, y me enorgullezco de ello.

PEDRO Ya, entonces es distinto.

BAÑOL Claro que uno es siempre amado por sí mismo,

pero solo por una particularidad suya, por su bigote, por su elegancia, por su corazón o por su dinero. Usted cree posible que si se arruinara ella no le querría? Bien, admitido. Pero suponga también, que si ella quisiera a un hombre guapo y éste se quedara de pronto sin naríz, tampoco le querría.

PEDRO — Me gusta ese razonamiento.

BAÑOL — Yo me pongo siempre en lo justo.

PEDRO — No y sus razonamientos son muy consoladores. Pero voy a hacerle a usted una confesión. Estoy absolutamente seguro de que mi Bomboncito no me quiere por el dinero.

BAÑOL — (*Sorprendido.*) ¡Ah!

PEDRO — De todos modos, gracias.

BAÑOL — Yo le dije a usted eso.

PEDRO — Porque tiene usted mucha simpatía para mí.

BAÑOL — Yo...

PEDRO — No diga lo contrario porque me apenaría. Yo también siento mucha simpatía por usted. Y esta simpatía se explica, porque aquí, en confianza, se me ha metido en la cabeza que usted no es la verdadera madre de Manón.

BAÑOL — ¡Ah!, ¿usted lo sabe...?

PEDRO — Ahora es cuando lo sé.

BAÑOL — ¿Lo había usted adivinado?

PEDRO — Ya se lo he dicho. Esa simpatía mútua me ha dado la clave.

BAÑOL — Compréndalo usted. Esta muchacha necesitaba alguien para que estuviera al frente de la casa. Y como la pobre no tiene madre...

PEDRO — Ya, la alquiló a usted. Es una mujer que tiene la manía de alquilar a todo el mundo.

BAÑOL No se habrá molestado usted conmigo por eso.

PEDRO Al contrario. Su conversación me hubiera sido más vergonzosa si usted hubiese sido la verdadera madre.

BAÑOL ¡Qué quiere usted! ¡Hay que vivir!

PEDRO ¡Si usted supiera lo bien que lo comprendo...!

BAÑOL Además, como esto no perjudica a nadie...

PEDRO Eso es lo que yo me digo también.

BAÑOL A ella le hago un buen servicio.

PEDRO Claro.

BAÑOL Usted puede decirme, con razón, que no se debe jugar con ciertos sentimientos.

PEDRO (*Soñador.*) Sí, es peligroso.

BAÑOL También yo preferiría otro oficio, pero hay que aceptar lo que se presenta.

PEDRO ¿Y hace mucho tiempo que hace usted de madre?

BAÑOL Manón es la tercera hija que tengo de este género. Yo antes me ganaba la vida de figuranta en el teatro. Yo salía desnuda en las revistas de Folies Bergéres. Me habrá usted visto muchas veces. Ahora no me reconoce usted porque estoy vestida, pero si me desnudara....

PEDRO Prefiero que guarde usted el incógnito.

BAÑOL No crea que mi oficio de ahora es cómodo. Hay que encontrar una buena muchacha. Si una se equivoca, es cosa grave, porque no se puede estar cambiando de hija cada mes.

PEDRO Naturalmente.

BAÑOL Además es un oficio que no se puede ejercer a partir de cierta edad, porque envejecería a las chicas. ¿Qué edad cree usted que tengo yo?

PEDRO No sé...

BAÑOL Pues voy a cumplir los cincuenta. Pero como Manón me hace pasar tres horas diarias en el Instituto de Belleza, pues no tengo más que cuarenta años que son los que represento.

GINETTE (*Por la primera izquierda.*) ¿Puedo retirar la bandeja, señorito?

PEDRO Sí, llévesela.

BAÑOL Y yo voy a modelarme. Con permiso. (*Mutis.*)

GINETTE ¿Va a ir el señorito esta tarde a las carreras?

PEDRO Sí.

GINETTE Pues si el señorito me hiciera el favor... Voy a suplicarle que juegue por mí.

PEDRO ¿Sabe usted el caballo que va a ganar?

GINETTE Me lo figuro. Si el señorito me lo permite hará el favor de jugarme veinte francos por «Pistolette», ganador en la segunda, y treinta francos por «Huracán», colocado.

PEDRO (*Aunptándolo.*) Espere...

MANON (*Saliendo.*) Ginette. (*Señalándole la puerta.*)

ESCENA IV

PEDRO Y MANÓN

GINETTE Es el señor que me proponía...

MANON Basta. (*Vuelve a señalarle la puerta. Mutis.*) ¿Está usted tomando nota para las carreras? ¿Qué quiere decir esto?

PEDRO ¿No lo ha comprendido usted?

MANON No valía la pena de reprocharle hace un momento que jugara, pero ahora...

PEDRO Yo no le he censurado que jugase, lo que me molesta es que gane siempre, tiene una suerte intolerable. Y yo voy a seguir su juego.

MANON ¿Para qué?

PEDRO Pues para ver si me puedo ganar la vida.

MANON ¿No se la gana ya usted aquí?

PEDRO Es poco.

MANON ¿Quiere usted aumento de sueldo?

PEDRO No se trata de eso. Quiero aumentar mis recursos con un trabajo más normal. Y esto es un poco difícil. Yo no puedo entrar en una oficina, ni ser un corredor de vinos.

MANON Claro que no.

PEDRO Podría molestarle a usted. Es prodigioso la poca disponibilidad de oficios que hay para un hombre que entretiene a una mujer con gran lujo. Por lo tanto, me veo condenado a no poder tener más oficio que éste.

MANON Y si siquiera lo hiciera usted bien. Nc es usted capaz ni de saber mandar a mis criados.

PEDRO ¡Ah! ¿Lo hago mal?

MANON Sí, señor. Es usted muy cortés. Da usted siempre las órdenes tímidamente.

PEDRO Es que siempre me considero un poco avergonzado.

MANON No perdamos el tiempo. Siéntese y hagamos nuestras cuentas.

PEDRO ¿Qué cuentas?

MANON Voy a darle dinero para nuestros gastos del día. Primero, lo de la modista. Le he dicho que usted pasaba la noche en casa y como es una mujer lista, seguramente me manda la cuenta esta mañana. Aquí está el dinero.

PEDRO Bueno.

MANON Luego iremos a las carreras. Aquí tiene usted para pagar.

PEDRO ¿Por qué caballos?

MANON Me es lo mismo. Lo importante es que le vean jugar. Luego... ¿qué hay que hacer luego? ¡Ah, sí! El té del Ritz. Aquí está para el té. Y una cosa, le ruego que dé buena propina. Ayer en el Chateau, le dió usted un franco nada más al camarero. Es vergonzoso.

PEDRO Se gasta tanto...

MANON ¿Y a usted que le importa, si el dinero no es suyo?

PEDRO Presisamente. Si el dinero fuera mío, yo sería mucho más generoso.

MANON Luego á cenar con Gaby y después al teatro con ellos. Ahí tiene para el palco. Y... ahí va para los imprevisto ¿Por qué pone ese gasto? ¿Qué pasa?

PEDRO Me parece que gasta usted demasiado.

MANON ¡Ah, amigo mío! Hay que sembrar para recoger. Estos son mis gastos generales, mis medios me lo permiten. Además esta situación mía no creo que dure indefinidamente. (*Llaman a la puerta.*) Guárdese pronto este dinero.

PEDRO (*Suspirando.*) Bueno.

MANON Adelante.

GINETTE El señor Verniset pregunta si puede hablar con el señorito.

PEDRO ¿Aquí, no?

MANON ¿Cómo que no? Ginette, en cuanto avise el señorito, dígale a ese señor que puede pasar. (*Mutis Ginette.*)

PEDRO ¿Pero recibir en esta casa á Verniset?

MANON Y en esta misma habitación. Verniset me hizo

ayer durante la cena unas preguntas muy singulares acerca de la generosidad con que usted atiende a mis gastos. Es preciso que no tenga la menor duda sobre nuestra intimidad.

PEDRO Pero...

MANON Y firme antes un cheque de 40.000 francos a mi nombre. (*Le entrega un talonario.*) Y deje el cheque en un sitio bien visible para que pueda reparar en él. Fíjese bien en lo que le digo. Es menester que lo vea. Y como sabe usted que es bizco, tiene que poner el cheque en el lado contrario de su visual. Ya he llamado. (*Pedro se tiende en la cama y aspira con deleite el perfume de Manón sobre las almohadas.*)

ESCENA V

PEDRO Y VERNISET, LUEGO MANÓN

VERNISET ¿Qué es eso, no sale usted hoy de casa?

PEDRO Estoy un poco cansado.

VERNISET La satisfacción.

PEDRO ¡Oh!

VERNISET (*Cambiando de tono.*) ¡Qué bien huele aquí!

PEDRO Es el perfume de Manón.

VERNISET ¡Oh, el perfume del ser amado! Hacen ustedes un dúo precioso.

PEDRO Precioso, sí señor.

VERNISET Pero basta de charla porque me esperan abajo. Voy al asunto.

PEDRO (*Llaman a la puerta.*) Adelante, (*Entra Ginette.*) ¿Qué es eso?

GINETTE (*Entregándole una factura.*) Señor...

PEDRO ¡Ah, la cuenta de la modista! Toma. (*Del paquete de billetes que le dió Manón saca tres o cuatro.*)

VERNISET ¡Caray! ¿Pero, hombre, lleva usted billetes de mil francos en los bolsillos del pijama?

PEDRO Hay que pagar tantas cosas por la mañana.

VERNISET Y aquí veo un papelito. (*Coge el cheque y lo lee. Pedro se levonta mientras de la cama.*)

PEDRO ¡Bah! Un cheque sin importancia.

VERNISET Amigo mío, permítame usted que se lo diga. Gasta usted mucho dinero con esa mujer.

PEDRO No lo creo.

VERNISET ¿Es verdad lo que me dijo Manón anoche?

PEDRO Sí. (*Pausa.*) ¿Que es lo que le dijo?

VERNISET Que le había hecho usted un seguro de vida de un millón.

PEDRO De un millón y pico.

VERNISET Eso quiere decir que está usted loco por ella.

PEDRO (*Después de una pausa y con un profundo suspiro.*) Creo que sí.

VERNISET Pues mucho cuidado, porque siguiendo así, ¿dónde va usted a parar?

PEDRO Esto es lo que yo me pregunto. (*Cambiando de tono.*) Pero estamos hablando de mí demasiado. ¿Qué es lo que usted desea?

VERNISET Voy a decírselo. Necesito que me preste usted diez mil francos.

PEDRO ¿Que le preste?

VERNISET Estoy en un apurado momento...

PEDRO ¿Usted?

VERNISET Usted ya sabe que yo dependo de mi padre, que me pasa una buena mensualidad, que casi todos los meses tiene que doblarla porque

siempre le pido dinero antes de fin de mes. Este, ya le he pedido tres veces y no me atrevo a hacerlo la cuarta. Por eso he pensado en usted. Usted afortunadamente está boyante. No hay mas que ver la facilidad con que firma papelitos de esta clase, de manera que para usted no es gran inconveniente firmar uno para mí.

PEDRO Verniset, usted no sabe hasta qué punto me complacería poderle hacer ese servicio.

VERNISET Gracias.

PEDRO No, usted no puede figurárselo, pero desgraciadamente, como usted decía muy bien hace un momento, yo gasto demasiado con... mi Bomboncito y por esta causa no puedo...

VERNISET ¡Pero Haguet!

PEDRO En fin, yo veré... quiero servirle...

VERNISET Me voy tranquilo. Volveré por el dinero y gracias anticipadas. Hasta pronto... (*Mutis.*)

PEDRO (*Va hacia la puerta del tocador.*) Ya se fué.

MANON ¿Qué quería?

PEDRO Que le prestara diez mil francos.

MANON ¿Pero cómo?

PEDRO Era lógico. Usted me ha puesto en tren de millonario y la gente acude a mí, como las moscas a la miel. Bien pronto se fijó en el cheque.

MANON Ahora comprendo por qué me hacía ayer tantas preguntas.

PEDRO Claro. Y como usted le dijo que yo era tan generoso.

MANON De todos modos yo no quiero darle los diez mil francos.

PEDRO ¡Oh! de ninguna manera, ¿donde iríamos a parar? Volvería a pedirme otra vez. Prefiero que me tenga por tacaño. No es agradable el concepto, pero mejor será.

MANON (*Viendo entrar a Ginette.*) Escucha encanto mío.

PEDRO (*Que no ha visto a la doncella.*) ¿Qué quiere usted?

MANON (*En voz baja.*) Ginette, que está ahí Ginette.

PEDRO ¿Qué quiere usted? ¿Qué quieres tú? (*Muy furioso.*) ¿Qué quiere usted?

GINETTE Venía a preguntarle a la señora qué vestido se pone hoy.

MANON Hasta después que coma no me visto.

PEDRO Ya lo has oído. (*Gritando.*) Váyase. (*Mutis Ginette.*) ¿Es así como se manda a los criados?

MANÓN Está usted un poco nervioso esta mañana.

PEDRO Esto me pasa con mucha frecuencia.

MANÓN La primera vez que le ví, me pareció usted más amable.

PEDRO No se puede ser amable las veinticuatro horas del día. Estamos siempre juntos y por eso tiene usted que notar mis defectos. (*Pasea nerviosamente.*) Y... esto no puede continuar así. Yo presento la dimisión de mi cargo.

MANÒN ¿Pero qué le ocurre a usted?

PEDRO No me ocurre nada, pero me voy. Le ruego que me deje en libertad.

MANÒN ¿Por qué?

PEDRO Porque esta colocación no me conviene. Hice hasta hoy todo lo posible. pero ya no puedo continuar por más tiempo.

MANÒN ¿Por qué razón?

PEDRO — Porque estar junto a usted la mañana, la tarde y la noche... es pedirme demasiado.

MANÒN — Al aceptar, ya podía usted figurarse!..

PEDRO — Me figuraba que saldría con usted de vez en cuando, unos instantes por la mañana, un rato por la tarde, vamos de señorito de compañía, pero ¡cómo suponer!...

MANÒN — ¿Es mucho trabajo verdad?

PEDRO — Sí señora. Ha inventado usted un oficio de una esclavitud inaguantable. En las casas de Banca, a las cinco ya están libres. Si fuera un criado, a las nueve podría irme a acostar o a dónde quisiera.

MANÒN — ¿Pero que más le dá a usted estar aquí que en otro sitio?

PEDRO — Me importa muchísimo.

MANÒN — Pero si no tiene usted que hacer nada en ninguna parte.

PEDRO — Se equivoca. Tengo que hacer muchas cosas. Yo estoy enamorado de una muchacha.

MANÒN — (*Sorprendidísima.*) ¿Qué usted está enamorado?

PEDRO — ¡Si, yo tengo una amiga!

MANÒN — ¿Que usted tiene una amiga?

PEDRO — Sí, pero esta amiga es de verdad. No como usted.

MANON — ¡Pero eso es extraordinario!

PEDRO — No veo que tenga nada de extraordinario. Pero qué cara de asombro ha puesto usted.

MANON — (*Muy sorprendida y con un poco de tristeza.*) Sí. No lo hubiera creído nunca.

PEDRO — ¿Por qué?

MANON — No sé decírselo. Usted ha debido prevenirme.

PEDRO — No pensaba que pudiera interesarle.

MANON Quiero decir que debió prevenírmelo la noche en que nos conocimos.

PEDRO Eso era imposible.

MANÓN ¿Por qué?

PEDRO Porque en aquel momento yo no tenía ninguna amiga.

MANÓN ¡Ah!, ¿Entonces es una cosa reciente?

PEDRO Muy reciente.

MANÓN *(Desolada.)* ¡Ah! *(Pausa.)*

PEDRO Comprenderá usted que no puedo seguir en esta casa.

MANON Claro. ¿Y ella sabe cual es su situación aquí?

PEDRO Nada sabe, ni yo podría decírselo. Si le dijera que era el amante ficticio de usted, para usted sería molesto, y si yo le insinuara que era su amante verdadero, sería desagradable para ella.

MANÓN ¿Le quiere a usted?

PEDRO Por lo menos no es el interés el que la guía.

MANÓN *(Ríe. Pausa.)* Es una simpleza decírselo, pero no le creo.

PEDRO Pues usted conoce a la interesada.

MANÓN ¿Yo?

PEDRO Es Evelina Waston. La americana de Billarín, la otra figuranta.

MANÓN En efecto, allí comenzaron ustedes su idilio.

PEDRO Y lo he acabado aquí.

MANÓN ¿Se han encontrado ustedes?

PEDRO Por azar. Hace ocho días. Y...

MANÓN ¿Y ya son ustedes felices?

PEDRO Todo lo felices que se puede ser. *(Pausa.)* Vive conmigo.

MANÓN ¿En el cuarto que tiene usted alquilado?

PEDRO No he podido ofrecerle nada mejor.

MANÓN ¿Entonces, cuando usted telefoneó ayer a su casa, fué a ella?

PEDRO Sí, señora.

MANÓN Está muy bien.

PEDRO Ahí tiene usted. (*Pone los billetes que le dió Manón, sobre la mesa.*)

MANÓN ¿Qué hace?

PEDRO Devolverle su dinero antes de despedirme.

MANÓN ¿Quiere usted irse enseguida?

PEDRO Lo más pronto posible.

MANÓN ¡Pero no se irá usted en pijama!

PEDRO No pensaba semejante cosa. Voy a vestirme.

MANÓN Pues vaya, vaya a vestirse, pero le advierto que no le dejaré marchar.

PEDRO (*Volviéndose.*) ¿Cómo?

MANÓN Que no se irá usted. Eso significaría dejarme a mi plantada. Y dejarme plantada dos veces en un mes, puede usted imaginarse el efecto que le haría a la gente.

PEDRO Entonces...

MANON Usted no puede irse. Hace falta que sea yo la que le deje a usted.

PEDRO Es graciosímo... ¿Y cuando piensa tomar esa determinación?

MANON En cuanto encuentre lo que necesito.

PEDRO Esto es muy divertido.

MANON Esta es la fuerza de las circunstancias. (*Pausa.*) Vuelva usted a guardarse el dinero.

PEDRO (*Se lo guarda.*) Nada, originalísimo. (*Se queda inmóvil.*)

MANON Y desde luego que esto no le impida a usted irse a vestir.

PEDRO — Ya voy, ya voy. Esto es inaudito. (*Mutis.*)

ESCENA VI

MANÓN Y LUEGO GINETTE

MANON — (*Va al teléfono y habla en voz baja.*) Central. Galvany 270. (*Pausa.*) Galvany 270. (*Pausa.*) Desearía hablar con la señorita Evelina Waston, ¿Sí...? (*Pausa.*) ¿Qué es usted la señorita Waston? Le telefoneo de parte de Pedro Haguet, para que venga usted con toda urgencia a la calle de Prony, número 2. ¿Que iba usted a salir ahora mismo? Me alegro, me alegro entonces. Pues hasta luego. (*Va a buscar el cheque, lo pone sobre la mesa y después llama. Entra Ginette.*) Ginette, dentro de un momento vendrá una señora preguntando por el señorito. Hágala pasar aquí. Nada más. Puede usted marcharse.

GINETTE — Eso es lo que precisamente venía a decir a la señora.

MANON — ¿El qué?

GINETTE — Que me voy, que me despido, que dejo la casa.

MANON — ¿Usted también?

GINETTE — ¡Ah!, pero ¿es que también se marcha la cocinera?

MANON — No, no; es otra cosa. Pero, ¿por qué quiere usted irse?

GINETTE — Porque esta no es una casa para mí, es una casa demasiado formal.

MANON — ¿Qué?

GINETTE — ¿La señora no ha servido nunca de doncella?

MANON No.

GINETTE Lo decía porque de haber servido la señora, se habría hecho cargo de mis palabras. Esta colocación no es la que yo esperaba. Yo creí que al entrar al servicio de la señora, vamos, tendría algo que ocultar. Pero aquí siempre es el mismo señor. Yo esperaba al... *otro*, todos los días, pero el otro no se presenta nunca.

MANON ¿Y a usted qué puede importarle eso?

GINETTE Muchísimo, señorita. Porque así no tengo más que mi sueldo únicamente. Lo interesante para las doncellas son las propinas y las propinas aquí no se ven por ninguna parte. El señor es de una tacañería...

MANON ¡Ginette!

GINETTE Todavía no le he visto una vez llevarse la mano al bolsillo. Y la señora no ha pensado ni una sola vez, desde que estoy aquí, en regalarme uno de sus vestidos.

MANON Ya había pensado en regalárselo, ya, pero...

GINETTE ¿Pero qué, señora?

MANON No me he atrevido, la verdad.

GINETTE ¿Por qué?

MANON Por si le molestaba a usted.

GINETTE ¿Molestarme un regalo? En fin, que servir en esta casa no me acomoda. En esta casa se lleva una existencia muy metódica. El señor tiene la llave de la puerta, la señora no tiene necesidad de ocultar a nadie... (*Llaman.*)

MANON Vaya usted a ver quién es.

GINETTE Y encima tiene orgullo. ¡Que señoritas estas! (*Mutis.*)

MANÒN Habráse visto descarada... Y eso que es fea. Tiene razón Pedro

ESCENA VII

MANÓN Y EVELINA

EVELINA ¿Se puede pasar?

MANÒN ¿Es usted la señorita Evelina Waston?

EVELINA (*Sorprendida.*) Señora... ¿Es aquí dónde Pedro Haguet me espera?

MANÒN Justamente. Aquí es. Pedro está acabándose de vestir.

EVELINA ¿Acabándose de vestir?

MANÒN Por lo visto usted no sabe que Pedro es mi amigo. No me extraña porque solo hace cinco minutos que he sabido que usted era su otra amiguita.

EVELINA ¿Ah, es usted la que me habló por teléfono?

MANÒN Si señora. Y lo he hecho, porque he sentido de pronto la necesidad irresistible de saber los sentimientos que le inspiramos cada una de nosotras.

EVELINA Yo lo sé perfectamente. Está enamorado de mí.

MANÒN ¿De veras?

EVELINA A mí me dá todo su amor. ¿Y a usted?

MANÒN A mí me dá todo su dinero. (*Enseñándole el cheque.*)

EVELINA (*Sofocada.*) ¡Cuarenta mil francos!

MANÒN ¿A usted no le dá tanto?

EVELINA ¿A mí? ¡Ni un céntimo! ¿Qué clase de hombre es éste? ¿Cómo es que me hace vivir en una mala casa de huéspedes? Ayer mismo se negó a

comprarme un sombrero de cuarenta francos. (*Cambiando de tono y muy en mujer.*) Un sombrero precioso, con una pluma al costado y un nudo de terciopelo. ¡Que vergüenza! ¿Y por qué me hace ir andando siempre?

MANÒN ¿Cómo quería usted ir?

EVELINA Pues en auto. ¿Dice usted que está en la casa? (*Va hacia la puerta de entrada y dice a gritos.*) Eres un miserable y un cochino.

MANÒN No.

EVELINA ¿Que no es un cochino?

MANÒN Quiero decir que no está en ese lado, sino aquí.

EVELINA Ah, perdón. (*Va hacia la otra puerta.*) Eres un marrano, un roñoso, un...

ESCENA VIII

DICHOS Y PEDRO

PEDRO ¿Con quién va eso? (*Asomando la cabeza. Está vestido, pero en mangas de camisa.*)

EVELINA Contigo, tacaño, más que tacaño. ¿Dices que me quieres, verdad? Pues para volver a verme es preciso que vengas con un papelito como éste. (*Enseñándole el cheque.*) Y quiero butacas como éstas, una mesa como esa y una cama como la que estoy viendo.

PEDRO ¿Y un carro de mudanzas, no?

EVELINA Sin todo esto no te acuerdes mas de mí. Yo puedo querer a un hombre pobre, pero no a un hombre rico que se finja pobre cuando está a mi lado. Ya lo sabes. (*Se va llena de cólera. Pausa. Pedro se pone la americana.*)

MANÓN — Estoy avergonzada. Esta mujer ha debido espiarle y le habrá visto entrar aquí. ¡Y luego al ver el cheque sobre la mesa...!

PEDRO — ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

MANON — No se apene. Exagera usted un poco.

PEDRO — No, no, la conozco bien. Es terca como una cabra. Se ha creído que yo le daba a usted todo esto y para no dejarme sería preciso que yo le diera otro tanto. Y como por otra parte usted no quiere que me vaya...

MANÓN — Eso, de ninguna manera.

PEDRO — Pues entonces la cosa es bien fácil. Es preciso que usted costee a mi amiga todo lo necesario.

MANÓN — (*Un poco sofocada.*) ¡Pedro!

PEDRO — ¿Qué otra cosa podemos hacer?

MANON — Puede usted renunciar a ella.

PEDRO — Es lo único que no debo hacer. Es indispensable para mí.

MANÓN — ¿Por qué? ¿Tanto la quiere usted?

PEDRO — Es estúpida como un loro y más triste que un domingo inglés, pero...

MANÓN — ¿Entonces, por qué la hizo usted su amiga?

PEDRO — Para evitar una catástrofe que cada día la veo más grave y más inevitable. Sin esta elemental precaución no hubiéramos podido usted y yo tomar tranquilos el chocolate muchas mañanas.

MANÓN — ¿De veras?

PEDRO — Uno puede violentar sus sentimientos algunas veces, pero cuando éstos son mas violentos que la violencia misma...

MANÓN — (*Dulcemente.*) ¡Pero usted me ama!

PEDRO — ¡Naturalmente!

MANÓN Estoy asombrada. Yo que nunca hice nada para...

PEDRO (*Furioso.*) ¡Esto es magnífico! ¿De modo que por que usted cree que no ha hecho nada para gustarme, supone que no me puede gustar? Las mujeres son extraordinarias; mientras ellas no son coquetas con los hombres se figuran que no corren ningún peligro. ¡Es gracioso! Las mujeres piensan que seducen a los hombres solo cuando ellas quieren. No, no, eso sería muy sencillo. ¿Ustedes creen que el amor solo llega cuando ustedes están bien dispuestas a recibirle? Eso es necio.

MANON Gracias.

PEDRO (*Mas animado.*) ¡Idiota, señora! Y si usted se cree que yo no puedo quererla porque usted no me ha hecho nunca la más leve manifestación y por que la he visto con los cabellos sin peinar sostenidos por una cinta, se equivoca; usted no sabe lo exquisita que la encuentro en la intimidad. Está usted deliciosa calzada en zapatillas. Anda como una paloma. (*Todo esto lo dice paseando nerviosamente por la escena.*)

MANON (*Sonriendo.*) ¿Pero por qué me dice usted todo eso con un aire tan furioso?

PEDRO Porque estoy furiosísimo. ¿Usted cree que esto de quererla me divierte?

MANON (*Con naturalidad.*) Pues hombre, no me quiera usted.

PEDRO ¿Usted se figura que lo hago a propósito? ¡Pues no daría yo poco, se lo juro, porque me fuera usted indiferente!

MANON Lo que es eso...

PEDRO — Sí señora, y ni ese gusto puedo darme. (*Manón se ríe*).

MANON — ¿Pero y dónde estaría la desgracia para usted si todo eso sucediera?

PEDRO — ¿Que dónde estaría la desgracia? Pero, señora, ¿usted no se da cuenta de la situación en que yo estoy cerca de usted? Usted se llama Manón y yo no quiero ser el caballero des Grieux. Me asusta el dúo.

MANON — ¡Ah!, ¿es por eso?

PEDRO — Nosotros estamos en una situación muy rara. Usted tenía razón hace un momento. Marcharme, sería dejarla plantada y eso, según usted, le causaría un perjuicio grande a lo cual yo lealmente no tengo derecho, toda vez que cometí la locura de aceptar esta situación. Es preciso que yo esté a su lado hasta que no me necesite.

MANON — Eso es. (*Pausa.*)

PEDRO — Y..., ¿no tiene usted nadie a la vista?

MANON — No.

PEDRO — Me habló usted hace días de un banquero.

MANON — (*Vagamente.*) Sí, es posible.

PEDRO — Me dijo usted que ese banquero estaba dispuesto a alquilarle la casa que está usted construyendo.

MANON — Sí. Construir casas es una buena colocación para el dinero. Hay mucha gente que quiere alquilar los pisos y así se conoce a muchas personas... Y sabiendo escoger los inquilinos... se acaba por encontrar uno que pague él sólo el valor de la finca.

PEDRO (*Avergonzado y sin mirarla.*) Me parece que me dijo usted que tenía que venir a verla.

MANON Sí.

PEDRO ¿Y no ha venido aún?

MANON No.

PEDRO ¿Entonces usted no sabe el tiempo que me queda de estar a sus órdenes?

MANON No.

PEDRO Es espantoso, pero hay que sufrirlo. Va a ser terrible para mí. Sobre todo ahora que me quedé sin consuelo alguno.

MANON ¿Qué consuelo?

PEDRO Me refiero a la americanita de la que usted me ha separado.

ESCENA X

DICHOS Y SEÑORA BAÑOL

BAÑOL Aquí tienes el correo, Manón.

PEDRO Vea usted a ver si tiene carta de él.

MANON ¿De quién?

PEDRO De él, del banquero. No sé cómo se llama.

BAÑOL ¡Ah!, ¿de Florio Valé? Se me olvidaba decírtelo. Ha telefoneado esta mañana diciendo que hoy mismo vendría a verte.

PEDRO ¡Ah!

BAÑOL Me dijo que tenía absoluta necesidad de hablar contigo. ¡Como ya son tres las veces que tú has encargado que contestásemos que no estabas...! (*Pedro mira a Manón.*)

PEDRO Está bien, mamá. Vete. (*Mutis la señora Bañol.*)

MANON (*Con una vivacidad nerviosa.*) Vaya, me parece que todo va a arreglarse y que usted se

podrá ir enseguida si ese es su gusto. Diremos que se va usted de viaje por unos días y mientras, yo escribiré a ese señor. Puede usted retirarse.

PEDRO Es horrible.

MANON ¿Otra vez?

PEDRO Claro. Porque ahora no tengo ninguna gana de irme.

MANON ¿Eh?

PEDRO Le he dicho a usted que la quería como un salvaje y al pensar que no voy a estar a su lado y que la que dejo en brazos de otro... ¡Estoy emocionado. (*Mirándola fijamente.*) ¿Pero por qué se ha negado usted por tres veces a recibir a ese señor?

MANON (*Confusa.*) Pues porque...

PEDRO (*Escudriñándola.*) ¿No es ese el hombre que ustéd esperaba?

MANÓN (*Confusa igualmente.*) Sí... Pero... es que yo soñaba con usted.

PEDRO ¡Oh!: ¿usted también?

MANÓN (*Bajando los ojos.*) Sí.

PEDRO (*Amorosamente.*) Manón... ¿Es de veras?

MANÓN Sí. Y sin embargo tampoco ha hecho usted nada para inspirarme cariño.

PEDRO Yo. nada, absolutamente nada. ¿Y usted también me quiere? ¡Es magnífico! Dígame desde cuando.

MANON ¡Oh!

PEDRO Dígamelo Manón, sin rubor y sin hipocresía. Si le ruego que me lo diga, no es por el placer de oirlo, y no porque no me sea muy agradable, si no porquc es absolutamente preciso.

Hace falta que usted me jure que me quiere para que yo tenga el valor de irme.

MANON ¿Qué dice?

PEDRO Usted no sabe lo deplorablemente cobardes que son los hombres. Me horroriza la idea de que yo pudiera llegar a ser su amante y al mismo tiempo la adoro a usted Yo hubiera estado junto a usted hasta el momento de estar seguro de quererla, hasta el momento de decírselo. Quizás habría tenido la debilidad de seguir a su lado, si no me hubiese dicho que me quería, pero ahora estamos perdidos porque estamos a merced de una futesa, de un perfume más vivo, de una mirada más ardiente. Manón dígame solo que me quiere.

MANÓN Yo te adoro.

PEDRO (*Alejándose de ella.*) Otra vez.

MANÓN (*Un poco confusa.*) ¿Y se va?

PEDRO Es preciso. Tengo que oirlo desde lejos. Tengo que tomar mis precauciones.

MANÓN ¿Por qué?

PEDRO Tengo que poner obstáculos entre nosotros. Es necesario que yo franquee esa puerta lo más pronto posible. Cada frase de amor que usted me diga será un paso que yo daré hacia la puerta. ¿Desde cuando me quiere usted?

MANÓN Me parece que desde la misma noche que impedí atentase contra su vida. ¿Y usted?

PEDRO Desde que la ví, no hay duda. Continúe. Ya ve usted que no he dado más que un paso hacia la puerta. ¿Qué es lo que le agrada más de mí?

MANÓN No lo sé.

PEDRO ¡Preguntaría tantas cosas...! Siga. ¿Cómo me quiere usted?

MANÓN Locamente. (*Retrocede un paso.*)

PEDRO Es usted muy lista. Haga usted que dé un paso más.

MANON Me enamoran las palabras que usted dice.

PEDRO Otro paso. (*Retrocede.*)

MANON Igualmente me agradan las palabras que usted no dice.

PEDRO Pero sabe usted que las pienso.

MANON ¡Pedro!

PEDRO !Manón!

MANON ¡Oh, con qué placer estaría en sus brazos!

PEDRO ¡Cómo me encantaría que así fuera!

ESCENA XI

DICHOS, GINETTE Y LUEGO FLORIO

GINETTE El señorito Florio Valé.

PEDRO Que entre enseguida ese señor. (*Con prisa.*) La adoro a usted.

MANON Y yo le amo apasionadamente.

FLORIO (*Entrando.*) Señora.

MANON No sé dónde tengo la cabeza. ¡Vamos, que recibirle a usted en mi misma alcoba y vestida así.

FLORIO (*Sonriendo.*) No esperaba tanto, la verdad.

MANON (*Turbadisima.*) Mi amigo Pedro Haguet, Florio Valé.

PEDRO (*Bruscamente.*) Encantado, caballero. Siéntese. (*Florio se sienta entre Pedro y Manón que no cesan de mirarse sin prestar la menor atención a Florio.*)

FLORIO (*Muy risueño.*) Vengo a hablarla del alquiler de la casa que está usted construyendo. Felízmente la conversación no será larga porque con una mujer bonita no se puede hablar mucho tiempo de negocios. Verdad que yo hablo de ellos con cierto buen humor. Yo soy un banquero hasta cierto punto jovial y un homhombre alegre como casi todos los hombres calvos, porque yo no lo oculto. ¿Qué edad cree usted que tengo? Pues ponga usted diez años menos, señora. Tener la cara sin pelo rejuvenece, pero tener el cráneo lo mismo, envejece. Con el sombrero puesto tengo treinta años, sin sombrero, cincuenta. Veinte años me quito en cuanto me cubro. Por eso prefiero conocer a las señoras en sitios donde pueda estar cubierto. (*Ríe a carcajadas pero advierte que se ríe él sólo.*) ¿Ah? ¿No les ha hecho gracia?

PEDRO (*Volviendo a la realidad.*) Perdón caballero, pero estaba pensando en que puedo perder el tren. Me voy de viaje por unos días. Y con su su permiso voy a despedirme de Manón.

FLORIO No faltaba más caballero.

PEDRO Adios... Bomboncito.

MANON Adios... Fifin (*Mímica discreta de Florio.*)

PEDRO Ya me voy... Que seas felíz.

FLORIO ¿Se va uted por mucho tiempo caballuro?

PEDRO Por ocho días.

FLORIO (*Sorprendido.*) Entonces...

PEDRO Adios, amor mío. Creo que puedo estrecharte en mis brazos puesto que el ya está aquí. Adios (*Los dos se abrazan. Mímica de Florio-*

Al fin Pedro y Manón se desenlazan aturdida y bruscamente. Pedro hace mutis.)

MANON ¡Pedro! *(Rompe a llorar.)*

FLORIO *(Mirándola curiosamente.)* ¿Pero está usted llorando?

MANON Sí señor.

FLORIO ¿Y llora usted porque se va su amigo? ¿Pero qué clase de mujercita tan encantadora es esta?

TELON





ACTO TERCERO

Un saloncito. Tres puertas, una a la izquierda que da al cuarto de Manón y dos a la derecha. Vitral grande al fondo que da a un jardín.

ESCENA I

PEDRO, MAITRE D'HOTEL Y LUEGO GINETTE

(Al levantarse el telón los dos están colocando una larga mesa para una comida y el servicio correspondiente. El maitre d'hotel, detrás de la mesa, frente al auditorio, y Pedro de espaldas al público para que no se le reconozca hasta el momento oportuno.)

MAITRE Date prisa, José, porque nos hemos retrasado mucho. A mí me gusta venir siempre con alguna anticipación para explorar el terreno. Yo llamo explorar el terreno a dar una vuelta por la cocina y ver qué tipo tienen las criadas. Esta es la parte más agradable de nuestro oficio. Cuando yo voy a servir una comida a una casa particular es muy raro que no conquiste a

la doncella. Y que aquí, en casa de Manón Watteau, la doncella debe ser apetitosa.

PEDRO ¿La va usted a conquistar?

MAITRE Naturalmente. Te apuesto veinte francos a que a la primera mirada, cae.

PEDRO Van apostados a que no. (*Pedro se vuelve de cara al público.*)

MAITRE Ves preparándolos por si acaso. ¡Voy a llamarla! Pero no hace falta, aquí viene. (*Entra Ginette mas fea que nunca.*) ¡Jesús me valga!

GINETTE (*Al maitre.*) ¿Me necesitan ustedes?

MAITRE No, no. (*Vivamente.*) ¿Por dónde se va a la cocina? Tú, acaba de poner la mesa enseguida. (*Mutis*). ¡Es un tiro!

GINETTE (*Estupefacta.*) ¿Por qué me tutea este hombre? (*Reparando en Pedro.*) ¡Señorito Pedro!

PEDRO Hola, Ginette.

GINETTE ¿Está invitado el señor?

PEDRO ¿Yo?. . Y de los primeros.

GINETTE El señor ha venido con mucha anticipación.

PEDRO Sí, desde hace algún tiempo, a cuantas fiestas voy, tengo la costumbre de llegar de los primeros. Cuánto me alegra verla, Ginette. No ha cambiado usted nada desde hace seis meses. Sigue usted tan guapa.

GINNETE El señor es muy amable.

PEDRO Y... ¿qué hay de nuevo?

GINETTE Nada, señor. (*Pausa.*) Sigue el viejo.

PEDRO ¿Ah, sí? (*Alargándole unos platos.*) Tome eso.

GINETTE ¿Para qué, señor?

PEDRO Puesto que el compañero quiere que se acabe de poner la mesa...

GINETTE Pero esto no es de mi incumbencia.

PEDRO No obstante, hay que hacerlo.

GINETTE (*Sorprendida y sonriente al ver que Pedro le ayuda.*) Ya que el señor se pone a ayudarme... quién se niega. (*Los dos acaban de poner la mesa.*) Al volver el señor a esta casa, ya supongo que no seguirá enfadado con la señorita.

PEDRO ¿Yo? ¿Por qué?

GINETTE Porque como la señorita se aprovechó de una ausencia del señor, para reemplazarle...

PEDRO ¡Ah, sí!... Las copas.

GINETTE ¿Cómo?

PEDRO Que ahora las copas.

GINETTE Puedo asegurarle al señor que toda la servidumbre sintió mucho que la señora le engañase.

PEDRO (*Aparte.*) ¡Es el colmo!

GINETTE ¿Cómo, señor?

PEDRO Ahora las servilletas.

GINETTE Claro que la señora tuvo disculpa. Un hombre como Florio Valé.

PEDRO ¿Sabe hacer bien las cosas, eh?

GINETTE Yo estoy muy contenta a su servicio.

PEDRO Es la mejor garantía, en efecto.

GINETTE Desde hace seis meses que el señorito Florio está aquí, yo tengo ahorrados ya ocho mil francos.

PEDRO ¡Bravo! Pero no ponga usted los «sanwichs» en esa forma, y esto aquí, y esto otro de esta manera. (*Accionándolo.*)

GINETTE ¡Ah! ¿Pero el señor sabe?

PEDRO Como si fuera mi oficio. Ya está.

GINETTE Gracias, señor.

PEDRO ¿De qué?

GINETTE Por haberme ayudado a poner la mesa.

PEDRO Las gracias a usted. Era una cosa muy natural. (*Entra Florio.*)

ESCENA II

PEDRO Y FLORIO

FLORIO Ginette, le llama la señorita.

GINETTE Voy, señor. (*Mutis izquierda.*)

FLORIO ¡Vamos! Habéis llegado; ya era hora.

PEDRO Sí señor, y todo está dispuesto.
(*Pedro se coloca detrás de la mesa.*)

FLORIO (*Mirándole.*) ¡Es curioso! Me parece que su cara no me es desconocida. ¿Cómo se llama usted?

PEDRO Mi nómbre no le va a recordar nada. Me llamo José.

FLORIO Sí, es un nombre vulgar.

PEDRO ¿He debido escoger otro?

FLORIO No suelen escogerse los nombres.

PEDRO Algunas veces sí.

FLORIO (*Sin dejar de mirarle.*) Estoy absolutamente seguro de que le he visto a usted en alguna parte, pero no se dónde; soy tan mal fisonomista...

PEDRO Es posible, señor. Acaso en Londres. Acabo de venir de allí, donde estuve sirviendo seis meses en el Saboya. La cocina ¿está por aquí, señor? (*Señalando a la derecha.*)

FLORIO Al fondo de la galería.
(*Pedro hace mutis, llevándose un cestito.*)

ESCENA III

MANON Y FLORIO

(*Florio se queda sólo, saca el reloj y mira la hora. Manón sale de su cuarto (primera izquierda). Todas las joyas qne lleva son de perlas.*)

MANON — Mírame ¿Estás contento? No llevo sobre mí una sola joya que tú no me hayas regalado.

FLORIO — (*Besándole la mano.*) Gracias. No puedes figurarte lo que me disgustaba verte llena de brillantes y de rubíes que yo no te había comprado. Y tú te obstinabas en no querer deshacerte de ellas. Algunas noches, mirándote te odiaba, la verdad.

MANON — ¿Hasta ese punto?

FLORIO — Sí. Pero pecado confesado está a medias perdonado. Compréndeme. Al besarte la mano cubierta de joyas, me parecía besar una mano que no era mía. En cambio ahora (*Se la besa*) siento que esta mano me pertenece por entero. Es muy desagradable acariciar las joyas de otro. (*Ella sonríe.*)

MANON — (*Sonriendo.*) ¡Pero esos son unos celos exagerados!

FLORIO — Son celos de amante serio. No puedo tener otros. ¡Ah, si tú me amaras por mí mismo!

MANON — ¿Para qué piensas en absurdos?

FLORIO — ¿Lo ves?

MANON — He querido decir...

FLORIO — No, no lo arregles. Del mal, el menos.

MANON — ¿Por qué no se te quita la costumbre de hablar

siempre en refranes? Si tú supieras lo que molestan esas frases hechas.

FLORIO Algunas veces se me escapan. Pero una golondrina no hace verano. ¡Ah! Perdona.

MANON ¿Qué me estabas diciendo?

FLORIO Te decía que del mal el menos, porque me conozco, y sé que no soy un hombre seductor. El ser calvo no es el mejor atractivo para conquistar a las mujeres.

MANON No digas. Hay calvos muy bonitos.

FLORIO Gracias por esa gentileza tuya. Y después de todo yo me alegro de que no exista un gran amor entre nosotros.

MANON ¡Ah! ¿tú te alegras?

FLORIO Sí, porque sin el amor, puede llegarse a resultados admirables. Me parece que a nosotros hasta ahora, no nos ha hecho falta. No me reproches, pues, que mi lenguaje no tenga galas de enamorado. Como hombre serio te doy las gracias por haber vendido tus antiguas joyas y como hombre de negocios te felicito. Has salido ganando. Que el diablo me lleve si el dinero que has sacado por ellas no te renta más de un doce por ciento. Además tienes unas joyas de mucha valía y de buen gusto.

MANON ¿Pero por qué no me has regalado nada más que perlas? ¿Es una superstición?

FLORIO ¡Acaso! Las perlas valen siempre mucho dinero. ¿Y dónde podías tenerlo mejor colocado?

MANON Para todo me he fiado siempre de tí.

FLORIO Manón, me produce un gran placer que hayas depositado siempre en mí toda tu confianza.

MANON — Realmente lo dices con una gran satisfacción. (*Entra Pedro y se queda un poco entristecido al mirarlos. Lleva unas botellas en la mano. Manón no le ha visto entrar, pero Florio sí.*)

FLORIO — Si. Hoy es un día muy feliz para mí. Y vamos a celebrarlo, bebiendo una copa de champagne ¿eh? (*Pausa.*) Quien calla otorga.

MANON — ¿Otro refrán?

FLORIO — Perdón. La maldita costumbre. ¿Quiere servirnos dos copas de champagne? (*A Pedro.*) Y brindaremos...

MANON — ¿Por quién?

FLORIO — Por nuestros amores.

MANON — Sea. Brindaremos por nuestros amores. (*Se vuelve hacia la mesa.*)

ESCENA III

DICHOS Y PEDRO

PEDRO — (*Dándole una de las copas que ha llenado.*) Por sus amores, señora.

MANON — (*Estupefacta.*) ¿Eh?

FLORIO — ¿Qué dice usted, buen hombre?

PEDRO — ¡Oh! ¡Perdón! El señor me dispensará. Yo no llevo en este oficio más que cinco meses y.... (*Mirando a Manón.*)

MANON — ¿En qué hotel está usted?

PEDRO — ¿La señora no sabe que ha pedido esta comida a casa de Paillard?

FLORIO — Generalmente nos mandaban un «chef», de gigantesca talla.

PEDRO — Es posible, señor. Yo estoy en París nada más que hace cuatro días. Anteriormente estuve en Londres.

FLORIO ¡Oh, magníficos hoteles los ingleses!

PEDRO Yo no pude ir más lejos.

FLORIO ¿Por qué?

PEDRO Por... cuestión de dinero. Mi cartera no me permitía alejarme más que 650 kilómetros y me fuí a Londres porque a distancias iguales un país del que no se conoce su lengua está más lejos que los otros.

MANON ¿Y es posible que pasara usted momentos difíciles, en un país desconocido...

PEDRO Sí señora. Pasé días muy duros.

MANON (*Casi con un murmullo.*) ¡Oh!

PEDRO Pero yo no me quejo. No estoy descontento de lo que soy.

FLORIO ¿Le gusta a usted su oficio?

PEDRO No me parece mal. (*Señalándose a la corbata negra.*) Con una corbata blanca, parecería un hombre de impecable *chic*. A veces uno se figura que és un hombre de mundo que frecuenta los *restaurants* y un buen día en vez de ser servido tiene uno que servir a los demás. No hay otra diferencia.

FLORIO Va usted un poco lejos en lo que dice.

PEDRO (*Sonriendo.*) Quizá, señor.

MANON (*A Florio, bajando la voz.*) Dicen que entre estos jóvenes los hay muy enamorados. Cuentan que les son fáciles las ocasiones.

FLORIO (*A Pedro.*) ¿Es eso verdad?

PEDRO ¿Cómo dice el señor?

MANON (*En comedianta.*) Supongo, Florio, que no irás a interrogarle sobre esas cosas.

FLORIO Déjame que esto me divierte. (*Ella finge no escuchar.*) ¿Es verdad que en su oficio tienen

ustedes muchas ocasiones para las aventuras galantes?

PEDRO — Sí, es posible, señor. Yo no lo sé, porque estoy en un caso especial.

FLORIO — ¿Ah, sí?

PEDRO — Desde hace seis meses, yo no puedo mirar a ninguna mujer.

FLORIO — ¿Es que tiene usted algo en la vista?

PEDRO — No señor. Es que... yo estaba enamorado.

FLORIO — ¿Y ya no lo está?

PEDRO — No lo sé.

FLORIO — (*A Manón.*) Esta gente del pueblo es asombrosa. Son incapaces de darse cuenta de lo que sienten. Ni cuando están enfermos, saben explicarle al médico lo que tienen.

MANON — ¡Oh, eso!...

FLORIO — Aquí tienes la prueba. Mira este muchacho. No sabe si está enamorado. (*A Pedro.*) Pues yo se lo voy a decir a usted.

PEDRO — Dígamelo, señor.

FLORIO — ¿Es huyendo de esa mujer por lo que se fué usted a Inglaterra?

PEDRO — Sí, señor.

FLORIO — ¿Y allí siguió usted pensando en ella?

PEDRO — Todo el tiempo.

FLORIO — Pues usted la quiere, no hay duda.

PEDRO — Pero es que yo pensaba en ella diciendome: ya no la quiero.

FLORIO — Pero si usted no la hubiera querido, nò habría pensado en interrogarse a sí mismo.

PEDRO — ¿Lo cree usted así?

FLORIO — Natural. (*A Manón.*) ¿No es cierto?

MANON — Probablemente.

FLORIO ¿Y ella no le quiere a usted?

PEDRO No lo sé.

FLORIO ¿No te decía yo que estas gentes no saben nada? Voy a decírselo también.

FLORIO ¿Ha vuelto usted a París para verla?

PEDRO No lo sé. Yo creía que había vuelto a París por volver simplemente, pero ya que usted me ha dicho que yo sigo queriendo a esa mujer, acabaré creyendo que he vuelto a París para verla, sí señor.

FLORIO ¿Y la ha visto usted?

PEDRO Como le estoy a usted viendo ahora.

FLORIO ¿Y que le ha dicho ella?

MANON Florio... ¡Por Dios!

FLORIO Déjame. Hace falta que yo le abra los ojos a este hombre. (*A Pedro.*) ¿Y que le dijo a usted esa mujer al volver a verle?

PEDRO Nada.

FLORIO Entonces, no le quiere a usted.

PEDRO He de decirle que había alguien entre nosotros.

FLORIO ¡Ah: ¿Su amante? ¿Su marido?

PEDRO Si señor. Comprenderá usted que le era dificil poder hablarme.

FLORIO La presencia de un marido no ha molestado jamás ha nadie. (*A Manón.*) Se vé que no está fuerte en estos asuntos. (*A Pedro.*) ¿Y usted no notó nada en la cara de esa mujer?

PEDRO Sí, en la cara y... en otras cosas. Su mano temblaba un poco.

FLORIO Ese es un gran detalle.

PEDRO Y su respiración era un poco anhelante.

FLORIO Magnífico.

PEDRO Y al mismo tiempo sus ojos parecían sonreir.

FLORIO Caramba, ¿y eso por qué?

PEDRO Sin duda se burlaba de su amigo que estaba frente a ella.

FLORIO ¿Y qué es lo que hacía ese amigo?

PEDRO El no se daba cuenta de nada.

FLORIO No cabe duda. Esa mujer le quiere a usted.

PEDRO Empiezo a creerlo, sí señor, máxime que para estar seguro acerca de sus sentimientos yo había puesto delante de ella una naranja y una manzana. (*El las coloca al lado de Manón.*)

FLORIO ¿Y eso para qué?

PEDRO Fíjese bien. Yo había llegado a hacerle comprender que la manzana quería decir: yo te quiero, y la naranja: yo no te quiero.

FLORIO ¿Y cómo le había hecho usted comprender eso?

PEDRO No lo sé... por la mirada... por la trasmisión del pensamiento... pero yo estaba seguro de que ella me había comprendido y sólo me quedaba esperar con el corazón palpitante, ¡figúrese!..., ¿qué iría a escoger ella? La manzana quería decir: yo te quiero, la naranja lo contrario. Era emocionantísimo para mí.

FLORIO Era ingenioso.

MANON Y muy divertido. (*Con un gesto maquinal coge la manzana.*)

PEDRO Y cogió la manzana, señor. (*Manón deja la manzana sobre la mesa y Pedro la coge enseguida.*) Este mismo juego puede hacerse con un objeto cualquiera. Yo me serví de lo que tenía más a mano.

FLORIO Es clarísimo. ¿Y luego?

PEDRO Fuí completamente felíz.

FLORIO ¿Se aprovecharía usted de un momento favo rable? ¿No se fué el amigo?

PEDRO Todavía no; vamos quiero decir que no se fu

FLORIO Debió usted encontrar el medio de darle un cita inmediatamente. ¿Era de noche?

PEDRO (*Mirando el reloj.*) Las nueve menos die exactamente.

FLORIO ¿Y vive con ella ese amigo?

PEDRO No lo sé, no estoy al corriente de sus cos tumbres.

FLORIO Pues debe usted hacerla comprender que ne cesita hablar con ella a solas cuanto antes.

PEDRO Seguiré sus consejos, caballero.

FLORIO Ha tenido usted suerte de encontrarme est noche. Llene usted unas copas de champán vamos a beber por sus amores.

PEDRO Beber yo, señor...

FLORIO Que beba he dicho, me agradará. Por su amores.

PEDRO Bueno, puesto que usted se empeña... Po mis amores. (*Beben.*)

MANON Que viene gente, Florio.

FLORIO ¡Ah, si! Me olvidé de los invitados. Voy a s ludarlos. (*Mutis.*)

ESCENA IV

MANÓN, PEDRO, CAMARERO Y LUEGO UN SEÑOR

PEDRO Apuraré la copa. Por mis...

MANÓN (*Sonriendo.*) Por tus...

PEDRO Por nuestros amores. ¿Y ahora?

MANÓN Ahora..., contaremos hasta tres... para q vengas a mis brazos.

PEDRO (*Abriéndolos.*) Una.

MANÓN Dos...

CAMARERO (*Entra el camarero. A Pedro.*) ¿Pero qué has hecho, torpe?

PEDRO (*Volviéndose.*) ¿Yo?

CAMARERO Perdón, señora, se me escapó, pero ante lo ocurrido no pude contenerme. Advierto a la señora que esta noche no hay helado. Este hombre ha puesto la heladora sobre el horno de la cocina, que estaba encendido, y ahora el hielo está hirviendo y el horno frío.

PEDRO Lo hice distraído.

CAMARERO Calla. Qué desgracia es tener que tratar con gente tan inútil. Yo declino toda responsabilidad. Con permiso de la señora. (*Mutis.*)

PEDRO Es espantoso.

MANON No es una gran desgracia.

PEDRO Sí que lo es. Hace cinco minutos había perdido la cabeza. Sólo pensaba en el placer inmenso de hacerte saber que no había dejado de quererte y de que tú tampoco me habías olvidado, pero ese pedazo de bárbaro me ha vuelto a la realidad.

MANÓN ¿Qué realidad?

PEDRO Decididamente el Destino está contra nosotros y nunca podremos ser el uno del otro.

MANON ¿Por qué?

PEDRO Pues porque... (*Entra un señor y va derecho a la mesa sin ver a Manón.*)

SEÑOR ¿Quiere usted darme un sanwich, camarero?

PEDRO (*Muy en su oficio.*) Tenga, señor.

SEÑOR (*Viendo a Manón.*) Buenas noches, querida amiga. No había reparado. ¿Cómo está usted?

MANÓN (*Fríamente.*) Bien, gracias. (*El señor se va.*)

PEDRO (*Señalando con un gran gesto a la mesa, a él y a quien se fué.*) Ya lo ves por qué. Nos separa (*Volviendo a Manón con la servilleta en la mano y mostrándosela*) Este humilde oficio en que hoy me ves.

MANÓN ¡Pedro!

PEDRO ¿Crees que no es esta la horrible verdad? (*Entra el señor de antes un poco avergonzado de volver a encontrar a Manón.*)

SEÑOR ¿No hay emparedados de «foie-gras»?

PEDRO (*Continuando su pensamiento.*) Eso no es posible.

SEÑOR ¿Que no los hay?

PEDRO Perdón, señor. Aquí tiene. (*Le da bruscamente lo que pide. Pausa, durante la cual el señor come. Pedro se pasea y Manón mira hacia la puerta.*)

SEÑOR ¿Un poco de champán?

PEDRO No se ha traído todavía. La cena se servirá pronto.

SEÑOR Lo siento. (*Mutis.*)

MANÓN ¿Este señor va a estar entrando cada dos minutos?

PEDRO Seguramente. Es de los que van a las fiestas para atracarse. Pero volvamos a lo nuestro. Tú eres una mujer de lujo, yo soy un... pobre hombre. Yo vivo en un quinto piso, dos habitaciones, una cocinita y un bonito panorama sobre los tejados, ¿te ves tú habitando esa jaula?

MANÓN ¿Por qué no? (*El señor vuelve a entrar. Pedro*

va rápidamente a la mesa, coge un pastel y se lo dá.)

PEDRO — Tome usted.

SEÑOR — Hombre ha adivinado lo que yo quería.

PEDRO — Naturalmente, el postre. (*Pausa. El señor se va. Volviendo a su idea.*) Manón, yo estoy loco por tí, pero estamos muy lejos el uno del otro.

MANÓN — ¿Para qué has venido?

PEDRO — Porque todo me era igual. Creí no quererte, ni que tú me querías, y vine sin preocupación alguna, como un criado cualquiera. Yo estaba conforme, resignado a mi suerte de vencido. No, Manón, yo no soy el hombre que quisiera ser para tí; yo desearía llevarte conmigo, para llenarte a la vez de riquezas y de felicidad y como eso no es posible, olvídame.

MANON — Ahí viene Verniset.

PEDRO — Ahórrame la vergüenza de ver que rechaza mi mano delante de tí.

MANON — (*Emocionada.*) Pedro...

PEDRO — Déjame sólo, Manón.

ESCENA V

PEDRO Y VERNISET

PEDRO — (*Nervioso.*) ¿Un poco de champán?

VERNISET — ¡Haguet! ¿Pero qué hace usted aquí, querido amigo?

PEDRO — Sirviendo, ya lo ve, señor.

VERNISET — Pero bueno, ¿qué broma es esta?

PEDRO — Nada más serio, señor. Yo soy... camarero. Reveses de fortuna. Estoy completamente arruinado. La cuestión es vivir.

VERNISET ¿Usted camarero? Bueno, eso es una broma. ¡Tengo yo un ojo para esto...!

PEDRO Si lo ve usted con el izquierdo...

VERNISET Lo he comprendido todo. ¿Usted sigue enamorado de Manón?

PEDRO Más que nunca.

VERNISET ¿Y pretende usted arrebatársela a Florio Valé?

PEDRO ¡Si yo pudiera...!

VERNISET ¿Y para poder entrar en la casa ha discurrido usted este medio? Es muy divertido, pero un poco complicado. ¡Bromista! Le advierto que le va a costar a usted mucho trabajo volver a apoderarse de Manón.

PEDRO Ya lo sé.

VERNISET Florio la quiere mucho. Y está celoso de todo, tanto que hasta le molesta que ella tenga cosas que le hayan pagado otros. Florio está decidido a instalarla magníficamente en un hotelito de Passy.

PEDRO ¡Ah!

VERNISET Y Manón irá a vivir allí antes de dos meses ¡Como que ya ha vendido este que ocupan ahora! ¿Y sabe usted quién lo ha comprado? ¡Yo! Afortunadamente ya se acabaron mis apuros de dinero. Mi padre vendió sus fábricas y yo manejo ahora su capital. Hice un buen asunto al comprar este hotel con muebles y todo, pero guárdeme usted el secreto porque Florio me ha exigido que no sepa nada Manón. El quiere cogerla un día, llevársela al nuevo hotel y decirla: a partir de hoy, esta es tu casa. Esto, como usted ve es un rasgo de hombre enamorado. Por eso le va a us-

ted a costar trabajo quitársela. Y con su permiso voy a seguir inspeccionando discretamente la casa, para que nadie sospeche que soy su nuevo propietario. Desde luego este tabique lo tiraré. Y siga mi consejo. Renuncie a Manón.

PEDRO (*Entra el otro camarero.*) Gracias amigo Vernset. (*Este hace mutis.*)

CAMARERO ¡Con qué familiaridad trata a los invitados.

ESCENA VI

PEDRO Y EL OTRO CAMARERO, LUEGO FLORIO

PEDRO (*Al camarero.*) Renunciar, no, no puedo.

CAMARERO ¿Qué dice?

PEDRO Que no puedo. Esta mujer me es indispensable para la vida. ¡Cuanto he ganado en seis meses lo emplearé en ella! Durante ocho días tiraré el dinero a manos llenas. Será un relámpago de felicidad, pero felicidad al fin, ¿tú comprendes?

CAMARERO Sí, sí; ahora lo comprendo todo, hasta que se haya fundido el hielo.

PEDRO ¿Y qué es lo que hace falta para esto?, que el otro me ceda su plaza durante ocho días. (*Con decisión.*) Pues bien, voy ha hacer que se vaya a escape. Ves a buscarle.

CAMARERO ¿A quién?

PEDRO A Florio Vaié.

CAMARERO Ya lo creo que voy. Cualquier cosa menos estar a tu lado. (*Mutis.*)

PEDRO ¿Y qué es lo que voy a decirle? ¿Cómo voy a alejarle de aquí? Le diré que le amenaza un peligro; que un enemigo le acecha y que una

ausencia breve podría beneficiar su situación. En fin, le intrigaré. (*Entra Florio.*)

FLORIO ¿Qué desea usted?

PEDRO Perdone que me haya permitido llamarle, pero hace un momento me habló usted con tal simpatía, que me emocionó y voy a prestarle a usted un gran servicio.

FLORIO ¿Usted?

PEDRO En nuestros humildes oficios, a veces sabemos muchas cosas y sorprendemos muchos secretos. Yo puedo hacerle a usted un favor importante.

FLORIO Hable.

PEDRO No pronunciaré ningún nombre. Podremos entendernos con medias palabras.

FLORIO Hable de prisa que me tiene en áscuas.

PEDRO Usted debe irse cuanto antes de París. Usted tiene muchos enemigos que intentan perjudicarle y sólo ausentándose puede usted conjurar el conflicto. Excita muchas envidias su situación.

FLORIO Los perros ladran mientras la caravana pasa.

PEDRO Tiene usted un rival terrible que conoce a fondo su vida.

FLORIO Sé a quien se refiere.

PEDRO Pueden explotar contra usted ciertos secretos, ciertas jugadas... no muy claras que le comprometen. Pueden decir a Manón que usted ha vendido este hotel.

FLOIRO (*Inquieto.*) ¿Por qué me dice eso?

PEDRO Acabo de oirlo.

FLORIO ¿Se habla ya de ello, entonces? No hay tiempo que perder. (*Llamando.*) Ginette.... Ginette....

(*Entra Ginette.*) Mi abrigo y mi sombrero. Y el «auto» a la puerta. No necesito al choffer, yo mismo llevaré el volante. (*Mutis Ginette.*)

PEDRO (*Asombrado.*) ¿Pero se va usted tan pronto?

FLORIO ¡Claro! después de lo que usted me ha dicho... ¿Cuánto quiere usted por un aviso tan inapreciable?

PEDRO Nada, caballero. ¡Sería el colmo!

FLORIO Me asombra usted.

PEDRO Yo hice esto por pura simpatía

GINETTE (*Entrando.*) Aquí tiene, señor. El auto ya está dispuesto.

PEDRO ¿Se va usted en auto?

FLORIO ¡Naturalmente¡ ¡Vale 120,000 francos! Me ha hecho usted un favor como no tiene idea. (*Asímismo mientras se pone el gabán.*) Yo había tomado ya todas mis precauciones, pero no pensaba que pudieran denunciarme al juez antes de ocho días. (*Mutis rápido.*)

ESCENA FINAL

MANÓN Y PEDRO

PEDRO (*Estupefacto.*) ¿Pero qué ha dicho este hombre. A ver, a ver, a ver qué significa todo esto? (*Yendo hacia la izquierda.*) ¡Manón! ¡Manón! (*Sale Manón.*) Oye, Manón, este señor Florio Valé, ¿qué es, si puede saberse?

MANÓN Banquero.

PEDRO Sí, sí, eso ya lo sé, ¿pero es un banquero de sólida garantía?

MANON No lo sé. Yo no me ocupo de sus asuntos. Al contrario.

Pedro	¿Qué quieres decir con eso?
Manón	Que es el quien se ocupa de los míos.
Pedro	¿Es él... el que se ocupa de tus asuntos?
Manón	Sí. El administra toda mi fortuna y estoy muy contenta de su gestión. Yo no hago más que firmar los papeles que él me trae.
Pedro	¿Y él maneja todo tu dinero?
Manon	Claro. El lo ha colocado en asuntos que me producen mucho más que antes. Yo he llegado a cobrar intereses de un catorce por ciento cuando nunca pasó del seis.
Pedro	¡Es extraordinario!
Manón	Recientemente, me hizo vender mis dos casas.
Pedro	¿Y este hotel también?
Manon	No, este hotel, no.
Pedro	Sí, este hotel se lo ha vendido anteayer a Verniset, con moblaje y todo. ¡Ay mi pobrecita Manón!
Manon	¿Qué pasa?
Pedro	Escúchame. Yo he querido que ese hombre se fuera para tenerte a mi lado ocho días. Quise intrigarle con una historia fantástica diciéndole que era conveniente que se ausentara de París por una temporada; pero él ha entendido otra cosa y se ha marchado precipitadamente diciendo: Lo temía y había tomado todas mis precauciones, pero no pensaba que pudieran denunciarme al juez antes de ocho días.
Manón	¿Y eso qué quiere decir?
Pedro	Que ha huído.
Manón	Eso no es posible.
Pedro	Era un farsante simplemente, un canalla.

MANÒN ¡Dios mío, Dios mío! Pero entonces ¿yo estoy arruinada?

PEDRO Eso es lo que temo

MANÒN ¡Yo que le había ido confiando todo poco a poco! ¿De modo que no me queda nada?

PEDRO Sí, tus joyas.

MANÒN No, porque me las ha hecho vender.

PEDRO ¿Y esas?

MANÒN Son las que el me regaló. Perlas nada más.

PEDRO Seguramente son falsas.

MANON Pero hay que seguirle, cogerle, deprisa... a ver el automovil.

PEDRO Se lo ha llevado él.

MANÓN ¡El!

PEDRO Es un hombre que ha pensado en todo. Me ha dicho que el auto valía 120.000 francos.

MANON Entonces... ¡Ah! (*Reclina su cabeza en el hombro de Pedro y rompe a llorar.*)

PEDRO Manón... Manón... (*La sienta muy delicadamente en una silla. Manón sigue llorando. Pedro, después de una larga pausa y acercándose a Manón, muy enamorado.*) Manón...

MANÓN Sé lo que vas a decirme. (*Pausa.*) Me vas a decir que tú estás a mi lado, que tu guardilla es el cuarto mas lindo del mundo, y que el panorama de los tejados que se divisa desde tu ventana es una belleza...

PEDRO (*Enamorado.*) Exactamente.

MANÓN Pienso como tú. Pero considera todo lo que acabo de perder de un golpe. ¿Cómo me podré acostumbrar a la idea de privarme de cuanto he tenido a mi alrededor? (*Mirándolo.*) No volveré a conseguirlo, estoy segura, ¿pero acaso

seré felíz sin ello? Sé que no te agradará lo que te digo, pero yo no tengo temple de heroína, yo no soy más que una mujer.

PEDRO (*Enamorado.*) ¿Que otra cosa mejor puedes ser, Manón.

MANÓN No te muestres con aire dichoso. Comprendo tu alegría, pero me enoja un poco. No, Pedro, no me digas todas esas cosas tan amables que tienes ganas de decirme, que saltan en tus labios. No es este el momento.

PEDRO (*Pausa.*) Déjame que te hable. Comprendo que estés llena de tristeza, pero, escúchame: ¿tú has sido siempre rica?

MANON No. Yo he sido pobre, muy pobre.

PEDRO Magnífico, y digo magnífico por que hay que volver a pensar en esos tiempos.

MANÓN No eran alegres.

PEDRO Pues eso es lo importante. Remóntate a tu infancia; no es un viaje tan largo, ¿verdad? Dame la mano que vamos a hacer el víaje juntos. Tú debiste trabajar desde muy pequeña, ¿no?

MANÓN Sí, a los tres años me alquilaban a una vendedora de quincalla para enternecer a la clientela.

PEDRO ¡Ah! ¿Tú también has sido figuranta?

MANÓN Era preciso. Eramos tres hijos en la casa, ¡y bien divertida que era mi casa! Todos vestían de uniforme. Papá, era guarda de un jardín público; mamá, empleada del metro, mi tío, cobrador de una casa de banca y mi hermano pequeño, botones de un restorán. Cuando nos sentábamos a la mesa parecíamos un grupo de soldados en unas maniobras.

PEDRO ¿Y como te llamabas tú entonces?

MANÓN Leoní Duval. A mí me gustaban mucho las joyas. La primera sortija la tuve a los quince años y me la compré yo misma con el primer dinero que gané en casa de Pedro y Juan.

PEDRO ¿Y quiénes eran Pedro y Juan?

MANÓN Una modista.

PÉDRO Vamos llegando al momento preciso; tus ojos ya tienen un poquitín de brillo y has sonreído dos veces.

MANÓN ¿Dos veces?

PEDRO Sí y si ahora piensas en la pena que has tenido hace cinco minutos, ya no te parecerá tan grande, pero sin embargo, no pienses en ella. Estábamos en... Ah, sí, en tus ojos, que no tienen más que quince años; después ya no ha pasado nada: Sigues estando en casa de Pedro y Juan.

MANÓN Pero esa casa ya no existe.

PEDRO No lo creas... existe. ¿Y qué te figuras que has venido a hacer aquí? Tú has venido a traer un sombrero a una mujer muy elegante que se llama Manón Watteau, y la caja donde has traído el sombrero está en el vestíbulo. No hay que tener envidia a esta clase de mujeres, ¿sabes?, no te vayas a creer que la vida que llevan es muy divertida.

MANÓN (*Sonriendo.*) ¡Pero si yo no la envidio!

PEDRO Figúrate que yo soy el jefe de la casa. Yo estoy enamorado de usted. ¿Y usted de mí?

MANÓN No me disgusta usted.

PEDRO Le advíerto que no soy un mal partido. Yo acabo de venir de Londres y tengo mis aho-

rros. Yo soy muy capaz de comprarle a usted un tallercito de modista. José y Leoní ¿no le seduce la idea?

MANÓN — Me han dicho también que tiene usted un cuarto muy bonito.

PEDRO — Sí, con unas vistas preciosas sobre los tejados. ¿Le agradaría a usted venir a visitarlo?

MANÓN — Creo que sí.

PEDRO — ¿Y pronto?

MANÓN — Creo que sí.

PEDRO — ¿Esta noche? (*Manón calla.*) Amor mío, escucha y que nada te apene. Hace un momento yo soñaba con que fueras mía tan sólo una semana. Pensaba en un relámpago de felicidad, pero esto ya es poco. Piensa en tus quince años, en los sueños que tu forjabas a esa edad. ¡Serían tan bonitos... ¿Con qué soñabas?

MANON — Con ser amada por un chico guapo.

PEDRO — (*Abrazándola.*) ¡Toma! Pero acaso no sea yo lo bastante guapo...

MANON — Si lo eres. Y luego, de mayor, soñé con ser muy feliz.

PEDRO — Eso ya lo ensayaremos. Este no es tu sitio. Ven conmigo.

MANON — (*Señalando sus vestidos.*) ¿Pero vestida así?

PEDRO — Somos como los gorriones que se han posado sobre un balcón. El balcón es muy hermoso, pero los gorriones no están en su casa. Ellos viven mucho más cerca del cielo. (*Cambiando de tono.*) Pero como tú me pareces terriblemente golosa y a estas horas todas las tiendas están cerradas, antes de emprender ese delicioso vue-

lo, llevaremos provisiones de boca. *(Coge una botella, pasteles, etc.)*

MANON — ¿Entonces nos vamos así? ¿Sin más ni más?

PEDRO — Claro.

MANON — Es divertido. *(Ríe.)*

PEDRO — Sabía que acabarías riéndote, sabía que Florio Valé no se lo había llevado todo, que se había dejado aquí alguna cosa.

MANON — ¿El qué?

PEDRO — La luz de tus ojos y la risa de tu boca.

TELON

Obras de Luis Gabaldón

La invencible, pasillo cómico-lírico en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso
La sultana de Marruecos, juguete en un acto.
El espantapájaros, saínete lírico en un acto.
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del halcón, presentimiento cómico-lírico en un acto (segunda edición).
La japonesa, zarzuela cómica en un acto.
El respetable público, revista en un acto.
Yo puse una pica en Flandes, caricatura en un acto del drama *En Flandes se ha puesto el sol* (segunda edición).
Mirando a la Alhambra, cuadro andaluz.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
El panal de miel, farsa cómico-lírica en dos actos.
Brigde, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
Nancy, opereta en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos (segunda edición).
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, comedia en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos (tercera edición).
Mamá es así, comedia en tres actos (segunda edición).
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.

La carrera, comedia dramática en cuatro actos.
La Emperatriz Mesalina, opereta en tres actos.
Poderoso caballero..., comedia en tres actos.
El viaje infinito, comedia en tres actos (tercera edición).
El dúo de Manón, comedia en tres actos.

El cabo López, aventuras (agotada).
Palotes, artículos y crónicas (agotada).
La conquista del planeta, novela de viajes (agotada).
Amor, celos y vitriolo, novela cómica (agotada).

Obras de Enrique F. Gutiérrez-Roig

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo!... cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición.)
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos (tercera edición).
El panal de miel, farsa comico-lírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos (tercera edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El país azul, fantasía comico-lírica en un acto.

El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición.)
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos (segunda edición).
Apaches (*Mon homme*), drama en tres actos.
Teresita, comedia en tres actos
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, comedia en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos (tercera edición).
Después del amor, comedia en cuatro actos.
Mamá es así, comedia en tres actos (segunda edición).
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.
La carrera, comedia dramática en cuatro actos.
La Emperatriz Mesalina, opereta en tres actos.
Ciboulette, opereta en tres actos.
Poderoso caballero..., comedia en tres actos.
El viaje infinito, comedia en tres actos (tercera edición).
Guiñitos, comedia en tres actos.
El duo de Manón, comedia en tres actos.

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).



PRECIO: TRES PESETAS